

Como continúes así...

(te arrepentirás)

Como continúes así...

(te arrepentirás)

Charli Farinha Toni

www.elbolsotricolor.com

Portada: Aitzane Amaro

ISBN: 9781701701649

Sello: Independently published

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual
Comunidad de Madrid, España.

Todos los derechos reservados.

La piratería será perseguida de acuerdo a la legislación vigente. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, incluido el tratamiento informático, transformación, plagio, distribución, fotocopia o comunicación de cualquier forma, ya sea por métodos electrónicos, mecánico o por registro, sin el permiso previo y por escrito de Charli Farinha Toni.

A María Maier

Prólogo

Bruno es excéntrico, vanidoso, superficial e interesado. Este ciudadano del mundo logra lo que varios han buscado a lo largo de la historia y lo aprovecha para dar color a su vida superficial.

Puede ser dulce, cariñoso, carismático y un caballero cuando le conviene. Le gusta vivir al límite sin importarle los resultados de su actitud.

No le teme a la muerte, sí a la vejez. Tiene más de una vida, más de una sombra y se mueve dentro de una delgada línea entre la realidad y una *ilusión*.

Dominique es el otro extremo. Es francés y buscó Madrid como válvula de escape de su tierra natal.

El europeo goza de una privilegiada posición económica y, una de sus grandes preferencias, es la debilidad respecto a los latinoamericanos.

Cuando conoce a Bruno siente que la conexión y química es especial, demasiado intensa como para dejarlo escapar.

Nada es gratis y Bruno no quiere ver el precio que debe pagar. De pronto, se da cuenta de que su vida no era otra cosa que una mentira.

Dominique se ve envuelto en una historia surrealista e inverosímil, intensa, donde ni siquiera él logra asimilar lo que sucede.

La realidad se ríe de Bruno y de sus allegados. Hay límites que no se pueden controlar y parece que la pesadilla nunca tendrá fin.

Nadie está apto para retar lo que está por llegar, y ya se han superado los límites. Todos se ven envueltos en un clima irreal que se desata al lado de Bruno.

Esta historia no es ningún tipo de confesión biográfica. Simplemente es la historia de mi primo: de Dominique.

Los dos éramos amigos. Yo sé cada cosa que hizo en su vida. Siempre nos hemos contado todo, confiábamos en el otro de forma total.

Él era, en realidad, mi único amigo. Lo que nunca pensé es que la historia que mantuvo con su última pareja fuese así, de esta forma.

Lo que escribiré es su vida; son especies de cartas, como si a un diario personal le hubiesen quitado sus páginas y las hubiesen esparcido.

Cuando me encontré con un par de ellas, enseguida me di cuenta de que habría más. Y las había, por supuesto.

Y tuve dudas de si dar a conocerlas. No fue una tarea sencilla. Lo que hice fue copiar cada papel en el orden en el que lo encontré.



Me duele la verdad, me lastima la mentira, me hiere demasiado la indiferencia y es un duro castigo el que la soledad siempre hace conmigo. No sé por qué, pero es así.

—Cómo continúes así, —me dijo.

Esta vez tengo miedo de corresponderle la mirada como siempre lo hago. Es la primera vez que me percató de que no soy yo quien lleva el control como lo pretendo. No sé lo que está pasando. Tampoco quiero saberlo. Aun así, a pesar de todo, puedo sentir la mirada furiosa de Dominique sobre mí como si fuese el enemigo.

—Cómo continúes así, —vuelve a decir y, esta vez, es él el que me obliga a mirarlo a los ojos.

Lo que veo en ellos me eriza más allá de la piel; no estoy habituado a este tipo de contacto, el corazón se me encoge y el alma se aterra.

Todo está perdido y no se puede volver en el tiempo. Yo he agotado su paciencia como nadie lo pudo hacer antes. No me gusta lo que siento.

—¡Vas a tragarte tu propio veneno!, —me dice.

Tiene tanta rabia en su mensaje que me deja dislocado y mi mente se bloquea, lo que suele pasarme cuando siento que estoy perdiendo la partida.

Dominique no espera más y sale rumbo a la alcoba. Como puedo me siento en el sofá. Es mi culpa y el enredo que he creado me está ahogando sin piedad.

Me lo tengo merecido. Joder. El tiempo se ha detenido y se me ha ido la falsa seguridad que me acompaña desde siempre.

De repente, cuando aún no me he recuperado del golpe que ha marcado, siento que invade el salón el perfume que me gusta: el que Dominique usa para complacerme. Es él. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo desde que quedé a solas aquí. Sin embargo, lo veo impertérito.

Se ha duchado, se ha vestido con ropa nueva y se ha bañado con el perfume que usa para complacerme. No obstante, me ignora.

Lo miro y descubro que su mirada ahora me estruja; me doy cuenta que quiere cerciorarse que lo vea. A los pocos segundos escucho la puerta que se cierra.

¡No puedo creer que las cosas puedan cambiar tanto de un instante para el otro! Debo recuperar el control a como dé lugar, al precio que sea y no sé cómo.

Las palabras de mi marido siguen golpeando en mi interior como un resorte y su eco lleno de rabia no hace más que castigarme.

Aunque él suele decir lo mismo, nunca he sentido ni siquiera la sombra de lo que estoy sintiendo ahora, en este momento.

Miro el reloj y descubro que son las diez y cuarto de la noche. Puedo sentir como el mundo se me desvanece y yo no tengo forma para remediar lo que he hecho.

Me cabeza no se inmoviliza y el corazón me oprime el pecho. Para calmarme me paro y me miro en el espejo grande del salón.

Lo que veo reflejado termina de hundirme: las ojeras enmarcan mis facciones de por sí deterioradas y los ojos inyectados en sangre me dan una apariencia grotesca.

En el rostro se refleja gran parte de los excesos a los que suelo someter mi cuerpo y la delgadez me da la impresión que cada vez gana mayor protagonismo.

El espejo no está siendo mi amigo y mi visión no hace más que recordar que todo lo que hago, de una manera u otra, se refleja.

Como continúes así... (te arrepentirás)

También, con todo lo que hice anoche, ¡con lo que hago prácticamente a diario! como para no tener este aspecto. No me gusta lo que siento.

No puedo aceptar la realidad que yo mismo he creado. No. Se acabó. Voy a la cocina y bebo un vaso de agua fría. Aún siento sed.

La resaca no me ha abandonado todavía y tengo mucha hambre. Busco algo para picar y no hay nada. ¡Pero nada! Cada vez veo más oscuro el futuro.

Dominique no ha preparado nada para comer y ahora, por si fuera poco, se ha ido no sé ni a dónde. Me quiere castigar.

Dominique siempre cocina, aunque hoy ni la comida me ha preparado. Las cosas están peor de lo que pude haberme imaginado.

¡A la mierda con todo! Me siento tan desbordado que parece que voy a explotar. Ya no sé qué hacer. Voy al dormitorio y me recuesto en la cama.

¿Dónde ha ido Dominique?, —me pregunto.

Miro el teléfono móvil y no hay ninguna novedad. No sé si llamarlo o no, pero, si lo llamo, ¿qué le digo? Igual, lo llamo y me encuentro con que lo tiene apagado.

¡¿Dónde mierda está Dominique?!, —me pregunto entre dientes—. ¡¿Con quién carajo está?! ¡¿Qué está haciendo ahora mismo?!

No puedo quedarme con los brazos cruzados. Algo tengo que hacer. Él no suele salir así y, mucho menos, solo. No me dijo nada y tiene el teléfono móvil apagado.

¡Maldito dolor de cabeza que no me quiere abandonar! Igual, si es que ya lo perdí, voy a buscarlo. Creo que lo debería de intentar.

Ya son las once y cuarto de la noche. Es el domingo treinta de septiembre del año dos mil dieciocho y yo he salido el viernes y el sábado.

Toda la semana en realidad, como siempre y, entre mis planes, también estaba que saldría esta noche. No puedo estar sin salir.

Dominique anoche tampoco salió. No quiso. Dijo, otra vez, que la etapa de las noches de su vida ya habían acabado. Joder, como si tuviese lógica lo que dice.

Luego me confesó que está cansado de salir y siempre encontrarse al mismo tipo de gente en todas partes. Yo creo que nunca le gustó salir.

También dijo que ya ha vivido de esa manera cuando le correspondió hacerlo, o sea, en la veintena de la edad como la mayoría de la gente.

Y que ahora le apetece otro tipo de cosas, como compartir una pizza conmigo mientras miramos una peli, leer un libro, ir al cine, al teatro...

Yo, por supuesto, que no estoy de acuerdo con él. No salir sería peor que morir y con todo lo que he hecho por vivir, no quedaré encerrado en ningún sitio...

Esto no importa ahora. Ingiero otro *alka sezer*, esta vez espero que el efecto sea instantáneo, lo necesito urgente. Ahora un mareo me paraliza unos segundos.

Me doy una ducha de agua caliente aunque sé que necesito, sobre todas las cosas, comer algo. El estómago reclama comida.

De todas maneras, ya es hora de fiesta de nuevo, en el camino compro algo. No tengo ganas de usar el coche por lo que iré en el metro.



Como continúes así... (te arrepentirás)

También me gustaría saber con lo que me encontraré con cada persona que conozco pero... Pero es algo que está totalmente fuera de mis posibilidades.



¡Un día más de fiesta en el que yo soy la fiesta!
¡Otro día para morir en el que yo no voy a morir! Otra noche en la que todo empieza una vez más.
Pasada la medianoche llego a la plaza Chueca y conocidos de la noche se me acercan como buitres por su presa. Oh, es agradable tener este poder.
Es como si me oliesen. Y como siempre ando solo, nunca preguntan por mi pareja aunque son pocos los que saben que el francés es mi “dueño”.
Ya los tengo bien adiestrados, como corresponde. Que crean lo que tengan que creer y que hagan todo lo que a mí se me antoja. Es mi ley.
Ignoro el ambiente y no hago caso a la gran cantidad de chicos que se acercan para abrazarme, besarme, decirme que están disponibles...
Yo sonrío, observo, bebo algo que me pasa Carlos, el madrileño, y soy presentado a un grupo inglés que está de paso por la capital de España.
En cuanto puedo me zafo de ellos y emprendo la tarea que ahora me compete: encontrar a Dominique, siempre que esté aquí, claro.
Busco al francés entre todos esos rostros que se vuelven hacia mí y me sonríen con caras lascivas y maquillajes baratos. Esto parece un circo.

Observo dientes en sonrisas forzadas y sustancias que se pasan a través de besos aparentemente apasionados. Es lo habitual. No me está defraudando la noche.

Es lo que suelo buscar en cada salida y, aunque es domingo, esto tiene buena pinta. De todas maneras, pensé que encontraría enseguida a mi marido. Pero no.

¿Dónde estás, Dominique?, —me pregunto constantemente—, ¿Dónde mierda está mi marido?

Lo vuelvo a llamar y el móvil sigue estando apagado.

¡Maldita sea! ¿Ha conocido a alguien más? ¿Con quién podría estar? ¿Dónde? No. ¡No! Eso no puede pasar. No. Eso no va a pasar.

Me sumo a unos chicos que nos conocemos de una fiesta en una sauna y empiezo a beber *whisky* con no sé qué cosa. Es raro el sabor que me queda en la boca.

¡Dios!, estoy mareado y, cada cosa que hago, como un mal movimiento, me recuerda que la resaca de anoche aún está presente. No lo puedo creer.

Sin embargo, ahora sólo me importa localizar a mi marido. Luego de unos cuantos tragos, les digo a los chicos que voy a mear por ahí. Es mentira.

Les dije eso para salir y buscar a mi pareja. En cada una de las caras de esos anónimos no reconozco la de mi chico. Él nunca sale. A menos que sea conmigo, obvio.

Si me dejó claro que su etapa de salir ya acabó, entonces, ¿dónde está? ¿Por qué ha salido sin decir nada de nada? Sí que me gustaría saberlo.

No tiene casi amigos y no conoce a casi nadie en Madrid de la forma que conozco yo, por lo que no me explico dónde está en estos momentos.

Como continúes así... (te arrepentirás)

¡A la mierda con todo! Después de dar vueltas y más vueltas, mi cuerpo siente que se va a desvanecer de un minuto para el otro.

Entro a la sauna de la calle Hortaleza con la intención de darme una ducha. Sé que ahora no se me va a parar ni por orden del gobierno.

Efectivamente, me doy una ducha. La sauna está llena de chicos, ¡y cuál de todos está más bueno!, y yo no tengo ganas de hacer nada.

O sea, voy directo a uno de los cuartuchos, cierro la puerta con seguro y echo una siesta hasta las cinco de la mañana. Cada vez me siento peor.

Al despertarme, mi desarreglo del tiempo y del espacio es increíble. Me doy otra ducha y me doy cuenta de que hay menos gente que cuando entré.

No puedo creerlo, ¡acabo de ver al rubio con el que me acosté la otra noche! Me reconoce y sonrío ampliamente. Tiene una sonrisa hipnótica.

Le correspondo y me doy otra ducha. Quiero salir de este lugar cuanto antes. Hay algo en este sitio que me intranquiliza bastante.



*Y ahora, de repente, todo se mezcla: esperanzas,
miedos, temores, confusión, certeza, celos, ¿amor?*

Me siento atrapado, presa de mí mismo.



Una vez que estoy en la calle Hortaleza de nuevo, veo que el movimiento de gente sigue siendo importante aunque no me apetece quedarme.

Detengo un taxi y regreso al piso. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de que Dominique pueda estar en brazos de otro.

No, no, —me digo una y otra vez—. Eso no puede pasar. Él es mío, sólo mío y en cualquier instante aparecerá como siempre. Nada tiene por qué cambiar.

Al entrar en el piso el silencio me invade sin piedad. Voy derecho al dormitorio y todo está tal como lo dejé al salir. Es decir, Dominique no ha dormido aquí.

Me siento desvanecer. No ha regresado y esto termina de hundirme. Ahora debe de estar con otro y de eso no me cabe ninguna duda.

Ya me lo imagino desnudo en brazos de otro hombre que le da todo lo que yo le niego. No sé qué hacer para sentirme un poco mejor.

Me saco la ropa cuán rápido puedo y la dejo amontonada en el suelo. Luego miro unos segundos la cama y me acuesto sobre las sábanas claras.

¡Qué diferente que se siente la soledad! Ahora mi compañía es su almohada. Las cosas están cambiando y no me gusta el rumbo que están tomando...

Pensar que a Dominique se le hace familiar el escenario que ahora estoy viviendo, porque, a pesar de todo, reconozco que soy el responsable de lo que pasa.

De siete días que tiene la semana, es seguro que cinco él duerme solo, completamente solo, sin mí, mientras que yo con alguien siempre lo hago.

Lo he engañado tantas, pero tantas veces, que ya he perdido la cuenta. Él siempre me ha perdonado, no entiendo cómo ahora no me puede perdonar.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Sólo fue un fin de semana más. Y me acuerdo bien de que el viernes último, mientras salía, dijo que no saliese, que quería estar conmigo.

Le dije que no me atrasase y que aprovechara echar una siesta, que le esperaba el libro que había empezado y ya me debía ir.

Aún me parece ver sus ojos brillantes, la mirada penetrante y dolida, y cómo trató de contener el llanto delante de mi indiferencia.

Eso tampoco me detuvo: igual salí. Ahora no estoy seguro de si arrepentirme o no. Es verdad que nunca pide nada y, lo poco que quiere, no lo concedo.

Ahora sí, temo que es tarde para todo. Sin embargo, yo no acepto que lo he perdido. Perder es de perdedores y yo soy un ganador.

Me siento tan cansado y, aunque lo necesito, no me quiero dormir. Creo que, por primera vez en la vida, tengo miedo. Es nuevo esto para mí.

No puedo perder a Dominique y sus palabras de anoche siguen taladrando en mi interior como un eco de advertencia. No sé cómo, aunque quedo dormido.



Mis sentimientos se parecen a una montaña rusa: sí, arriba, abajo, vértigo, vacío, descontrol, abismo, deseos, apatías, confianza, incertidumbre... y no exagero.

No, lamentablemente, no hay actuación en esto.



A las diez y cuarto de la mañana despierto y, como olvidé la persiana abierta, la luz del nuevo día me está inundando sin autorización.

¡Dominique no ha regresado y esto recién empieza!, — me lo dice una voz cansina de mi interior.

Ahora sí, mi temor se multiplica por diez, ¡por cien, por mil! La ignorancia de no saber nada me hace más débil y patético. Estoy dejando de ser yo.

¿Dónde mierda ha ido?, —la voz se sigue burlando de mí—. ¿Con quién está ahora? Creo que lo he perdido. No me he resignado a ello.

No. No. ¡Y no! ¿O sí?, —no puedo callarla y molesta. Miro el armario empotrado y sus cosas continúan ahí. Todo está en perfecto orden como siempre lo tiene, o sea, por ese lado, debo estar tranquilo.

Me doy una ducha y, luego de vestirme con un *short* y una camiseta de tirantes, ya que no me resigno a que el verano se haya ido, preparo café.

Enseguida lo bebo lentamente lo más caliente que lo pueda soportar mi organismo sentado en uno de los taburetes de la cocina.

El teléfono móvil de mi marido sigue apagado. Ya no sé qué es lo que tengo que pensar y no me gusta desconocer lo que sucederá. No.

¿Es la primera vez en la vida que me siento así por alguien? No. En realidad, es la segunda.

No puede ser que me esté pasando esto a mí, ¿justo a mí? Es de no creer, pero es así. Me sirvo otra taza de café aunque siento que me estoy excediendo.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Recién me doy cuenta, pero no dejo de mirar hacia la puerta como si alguien controlara hasta mis movimientos. Cada vez me gusta menos esto.

Nadie llega, —me digo internamente—. No se produce ningún milagro y el silencio magnifica las cosas.

Todo sigue igual que antes y ahora mi preocupación se transforma, a una velocidad escalofriante, en pesimismo. ¡Dios, ¿dónde carajo está?!

De pronto, me quita del ensimismamiento un mensaje de texto y miro el teléfono como si la vida se me fuese en ello. Razones me sobran para ello.

Es de Dominique. Sólo es un mensaje automático de la compañía telefónica que dice que su número ya está disponible.

Sin pensármelo dos veces lo llamo y, mientras espero, observo el café caliente en el que su aroma ha invadido todo el espacio.

Dominique no me atiende. Insisto en reiteradas veces y el muy cabrón sigue sin contestar. Y, de esta manera no hace más que hundirme más, por si cabe.

Levanto el teléfono móvil y voy al dormitorio. El desorden que hay en el cuarto es caótico, aunque es menor al que hay en mi vida.

Me recuesto en la cama sin dejar de observar el maldito teléfono como si él fuese el culpable de todos mis males. Vuelvo a llamar a Dominique y sigue sin responder.

¿Dónde carajo ha ido?, —me sigo diciendo.

No tengo la menor idea y no me gusta este juego que ahora está practicando. No quiero pensar que esto es una venganza.

Desde que se fue, no sé nada de él. Y ahora no me contesta el móvil. Llega un mensaje de alguien que no tengo registrado y esto me deja más dislocado aun.

Te espero hoy a las ocho en el bar El Bolso, el
que está en la Gran Vía.
Tengo algo muy importante que decirte.
Marina.

Marina... ¿Qué Marina? ¿Quién es esta Marina?
Sé que no conozco ninguna Marina. ¿Quién será? No
tengo la menor idea...

Sólo quiero saber dónde y con quién está mi marido. El
resto puede esperar y nada importa más que él, aunque
parezca lo contrario.

Sé que el verano está acabado y yo me resisto a
aceptarlo; me pongo un vaquero y una camiseta mangas
largas y salgo sin saber dónde ir.

No tengo idea dónde quiero llegar, aunque ya no puedo
quedarme en el piso. Ya no aguanto ningún segundo. El
aire se me estaba agotando.



¿Actuar? También hay que hacerlo, sí.

La vida, las circunstancias de cada minuto

me obligan a actuar.

Ya me gustaría saber el resultado de mis actuaciones

Como continúes así... (te arrepentirás)

en el mismo instante en el que hago algo.



No sé dónde quiero llegar, finalmente, me detengo en Conde de Casal. Estaciono el vehículo y entro en el primer bar que veo abierto.

Pido una cerveza y me abstraigo en mí mismo. De todas maneras, no tardo en acabármela para pedir otra sin siquiera darme cuenta la velocidad con la que bebo.

Miles y miles de cosas pasan por mi mente sin que en ningún segundo esté tranquilo, sé que algo me está faltando, pero, ¿qué?

De algo importante me estoy olvidando, sin embargo, no tengo la menor idea qué puede ser. No puede ser que la memoria me esté fallando tanto...

Las doce y cuarto del mediodía y mi desayuno está siendo esta cerveza. ¡Esta cerveza! No sé por qué me sorprendo de lo que hago casi a diario.

¿Qué ha querido decir con cómo continúes así? Es mejor no saberlo porque, la realidad, puede ser más dura de lo que uno puede suponer. No sé qué es peor.

Vuelvo a llamarlo. Nada. Sí comunica, aunque no contesta. De todas formas, tengo que comunicarme con él cuanto antes porque así no puedo seguir.

No sé si me tiene preocupado o qué es lo que me pasa, pero necesito saber de él. No lo pienso más y le envío un mensaje.

Dominique, ¿qué te pasa? ¿Dónde estás? ¿Por qué no das señales de vida? Comunícate ya mismo.

Quedo mirando el aparato y recibo la confirmación de que el mensaje ha sido entregado y leído y mis nervios crecen a una velocidad de vértigo.

Me pongo a revisar el teléfono móvil y vuelvo a releer el mensaje de esa tal Marina. No tengo la menor idea de quién es, sin embargo, iré.

Tengo que sacarme la duda. Quizás sea para que me cuenten algo de Dominique. No... No creo que sea algo relacionado a él. No es su estilo.

Marina debe de ser alguna pibita que conocí en algunas de mis salidas. Echo una mirada al interior del bar y todo sigue igual.



No, no me arrepiento de nada.

No podría arrepentirme por haber intentado,

sobre todas las cosas, ser feliz.



Regreso al piso y una bocanada de recuerdos se aparecen como un vendaval: no estoy preparado para enfrentar este presente.

¡Qué diferente que se ve la casa desde que no está mi pareja! Simplemente estoy en el *hall* y ya sé que no ha vuelto. Me parece increíble lo que está provocando.

Me da la sensación que aún escucho su voz llena de rabia y ahora esos rumores que habitan mi cabeza, me estremecen más de lo que puedo soportar.

Todo sigue igual. El mismo desorden de siempre. El silencio ensordecedor que me castiga tanto como las palabras de reproche.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Aún perdura su perfume, sin embargo, esta vez no se lo puso para mí. No sé para quién se lo ha puesto y yo camino por una cuerda floja.

¡Esto es una verdadera mierda! Me recuesto en el *chaise longue* y enciendo el televisor. Hago *zapping*. No hay nada que me apetezca mirar.

Dejo el televisor en silencio y vuelvo a mirar el teléfono móvil. Sigue sin haber novedades. ¡A la mierda con todo! Me quiero morir. ¿Dónde está Dominique?

Cierro los ojos para ver si puedo tranquilizarme y, sin querer, quedo dormido. Los sueños que tengo son oscuros y despierto sobresaltado y empapado en sudor. Nada ha cambiado y la cabeza no me deja tranquilo. Como si estuviese poseído, me doy una ducha y huyo de mi casa porque siento que esto me quita la vida.



No, no me arrepiento de lo que he hecho,
de lo intentado, de lo apostado, de lo entregado,
ni de todo lo que he perdido.



Voy al bar El Bolso y pido algo para comer. Son las seis de la tarde y a las ocho quedé con esa piba que no tengo la menor idea de quién es.

No obstante, lo que me tiene inquieto, es Dominique. Dejo que pasen los minutos hasta que son las siete y media. Pido otra cerveza y quedo mirando la puerta.

¡Es increíble la cantidad de ingesta de alcohol que estoy llevando este año! No me importa. ¡Cómo si en alguna etapa me hubiese importado sinceramente!

La cerveza no tarda en aparecer y desvío la vista del camarero que tiene un buen trasero a una piba que llega y no está nada mal a nivel físico.

Ella tiene buen porte: es alta, de ojos claros, rubia, sus curvas son bien marcadas y el pelo rizado casi le llega hasta la cintura. Impresionante.

Enseguida que me ve, sonrío y se acerca. Yo actúo con prudencia, aunque ella no duda en darme un beso en la boca y se sienta frente a mí.

—Hola, —dice.

Enarco las cejas y bebo un buen trago de cerveza. Ella mira al camarero y le dice que le traiga una sin alcohol, la cual llega de inmediato.

—¿Te conozco?, —pregunto.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Me estás vacilando, Bruno?

Bebe un trago e imprime una mueca que simula ser una sonrisa.

—¿Qué pasa?

Bebo otro trago tratando de recordarla.

—Emmm...

No la conozco, —me digo—, ¿o sí? No recuerdo haberla visto, aunque me mira como si me conociese más de lo deseado.

Joder, este no soy yo.

—¿Qué? ¿No vas a decirme nada?

Mil cosas pasan por la mente y me siento atrapado.

¿Por qué no sé quién es esta piba?

—No tengo nada que decirte, —al fin digo.

Sonríe y echa una mirada por el bar.

—Estoy embarazada.

Su confesión es como un puñal en mi interior que no sé cómo canalizar. Cada vez pierdo más la noción de quién soy realmente.

Yo ya estaba sorprendido por el panorama que estaba enfrentando y su revelación me deja más dislocado por si cabe. No me gusta lo que vislumbro.

Al escuchar sus palabras, quedo estancado, sin saber qué decir, pues me esperaba oír cualquier cosa, excepto eso. ¿Qué está pasando?

En esos breves segundos de conmoción la imagen de Dominique vuelve a aparecer en mi interior como un recordatorio de lo mal que están las cosas.

Ella me deja reflexionar y queda mirando su teléfono. Cuando vuelve a dejar el vaso sobre la mesa, siento que sus ojos me queman.

—¿Qué pasa?, —rompo el silencio.

La mirada que me da no es amigable y tengo la necesidad de decir algo más.

—¿Quién eres?

Sonríe y me doy cuenta que trata de ocultar su furia.

—Pues, parece ser, que la madre del hijo que estás esperando, —dice modulando bien cada palabra.

Un sabor amargo invade mi boca.

—¿Qué? ¿Vas a ser como otros hombres y vas a dejarme sola con el hijo que sembraste en mis entrañas? ¿O tú no eres como los otros...?

La miro, la miro y no la veo. No la puedo ver. Mi confusión es grande. Me han pasado muchas cosas en un sólo día como para que ahora me pase esto.

Me pregunto si estoy en medio de una pesadilla en la que en cualquier instante voy a despertar, pero no ocurre ningún milagro. Todo sigue igual.

—¿Qué?

Siento la furia de los ojos de esa chica y, a medida que pasan los segundos, me siento desvanecer.

—¿Qué pasa?, —dice.

—Nada.

—¿Entonces...?

—¡Uf! Déjame pensar, al menos... en mi pareja. No te conozco. No sé quién eres.

La sonrisa de desprecio que esboza me deja claro que dije lo contrario a lo que quería oír.

—Bueno, veo que esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—¿Pero...?

—Sólo quería que supieras que estoy embarazada y con quien estuve sin cuidarme, fue solamente contigo. Como un resorte se para y me busca la vista.

—Espera, —le digo.

Clava sus ojos en mí.

—Espera, —me apresuro a decirle de nuevo—, por favor. No estoy teniendo un buen día.

Ella se vuelve a sentar y bebe un trago de cerveza. Yo acabo la mía y permanecemos unos instantes en silencio hasta que nos buscamos la mirada.

—No estoy pasando por un buen momento. No me agarraste en un buen día y... Y no sé... La verdad es que no me acuerdo de ti.

—¿En serio lo dices?

—Ajá. Quiero... Sí, quiero que me ayudes a recordar mi vida. Emmm... Bueno, aparte que me agarraste en un mal día, yo...

Como continúes así... (te arrepentirás)

No sé cómo seguir y ella sólo se dedica a fulminarme con los ojos amenazantes y yo, ante cada respiro, me encojo un poco más.

—¿Tú me estás hablando en serio, tío?

No le contesto de inmediato porque sería sospechoso. Cuando considero que pasó el tiempo suficiente, asiento levemente.

—Sé que estabas un poco colocado y eso, pero... Pero hubo días donde las drogas no eran parte de nuestros encuentros, ¿no?

—¿No?

Ella me mira.

—¿Cómo que no te acuerdas de mí, Bruno? ¿Qué clase de hombre eres? Me da la impresión que me estás vacilando como cuando vas de madrugada a casa...

—No sé de qué me estás hablando... ¡Sólo quiero que me ayudes a recordar ese maldito momento de una puta vez por todas, por favor!

Lo digo con tanta convicción que, cuando me exalto, empuja su silla hacia atrás y yo no le hago caso a todas las miradas que nos observan.

Entonces suspira y sacude la cabeza. Enseguida me mira de refilón y yo quedo paralelo a la realidad como medida de defensa.

—Bruno, no sé qué es lo que te pasa, pero sólo quería que supieses que estoy esperando un hijo tuyo. Eso es todo.

Un hijo. ¿Un hijo? No puede ser. No, no. No puede ser.

¿Cómo que no usé un puto condón?, —me digo, indignado.

Me queda mirando sin saber qué hacer.

—¿Cuándo...? ¿Dónde nos conocimos?

De nuevo sacude la cabeza y resopla.

—En The Grey Home. Tú estabas en la barra con un cubata y me tocaste el culo mientras yo compraba algo...

—¿Qué? ¿Cuándo fue eso?

—Creo que la primera vez que nos vimos, fue... Creo que fue en Nochevieja. Luego nos encontramos un par de veces en el pub Neutrino...

—¡Joder!

—Y claro, nos acostamos un par de veces y, las dos últimas veces, no teníamos preservativos e igual lo hicimos. ¿Lo has olvidado...?

—No puede ser, —murmuro—. No puede ser. Un hijo... Un hijo. Yo no quiero tener un hijo por nada del mundo. ¡¡¡Tienes que sacártelo ya mismo!!!

—¡¿Qué?!, —expresa indignada.

—¡Que tienes que sacártelo!

Me mira con rabia.

—¡Tú estás loco, tío! ¡Eso es lo que pasa contigo! ¡Estás loco! ¡Te has drogado tanto que las neuronas se te han quemado!

A un lado hay un hombre de unos cincuenta años que me mira con bronca y, cuando ve que lo descubro, voltea la vista.

—¡El niño que está por nacer es mío! ¡Y yo no pienso hacerme ningún aborto!

—¡¡¡Tienes que sacarte ese maldito bastardo que tienes en la panza ya mismo!!!

Pierdo el control y no manejo el tono de voz. De un segundo para el otro me convierto en el centro de todas las miradas.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Ella no lo duda y sale corriendo del bar. Yo me quedo ahí, solo, sentado, sin saber qué hacer, mientras que todo el mundo me observa.

Y ahora me doy cuenta de que no sólo mi marido ha desaparecido de la faz de la tierra, sino que también voy a ser padre.

Acabo mi cerveza, miro la hora y me doy cuenta que ella es Marina. Pago a un camarero teñido de rubio y salgo caminando como si fuese un autómeta.

¿Dónde voy?, —me pregunto.

Hasta a mí me gustaría saberlo, —me respondo en voz alta.



La opresión me contiene, ¡me contiene la hija de puta!

La bronca me puede, una ilusión, quizás, aún está latente.



Llego al piso y el silencio atronador me vuelve a invadir como una pesada carga que me recuerda que no soy el centro de atención de nada.

No hay novedades de Dominique y eso es lo único que tengo claro. Me siento en el *chaise longue* y llamo a mi pareja. Otra vez no contesta.

No sé a qué mierda está jugando este tipo, aunque a mí no me hace ni pizca de gracia el juegucito que está practicando. Ya se va a enterar.

Son muchas cosas que han pasado en la últimas horas y no sé si hay alguien preparado para enfrentar esto... Mucho menos yo.

Un hijo. Un hijo, —no deja de sonar en mi cabeza como si fuese un disco rayado—. Un hijo, yo que me negué contra viento y marea desde siempre a dejar familia.

Esto sí que nunca estuvo entre mis planes. Si antes estaban mal las cosas con mi marido, cuando se entere de esto me va a mandar a la mierda.

Voy a la habitación, me saca la ropa y en medio de ese caos que es nuestra cama, me acuesto. Ya nada más me puede importar.

Lo único que logro es dar vueltas sin conciliar el sueño. No dejo de pensar en Dominique y en lo que me dijo Marina. ¡Vaya mierda de día!

No voy a tener un hijo, ¡no! Y de eso estoy tan seguro aunque tenga que matarlo con mis propias manos. No y no. Se acabó. Algo debo de hacer al respecto.

Son la una y cuarto de la mañana y el cansancio no me deja descansar. ¡La cabeza se me parte y el futuro se me presenta satírico!



No, nada de esto sé controlar en realidad,

aunque creo que tampoco lo quiero hacer.

Anoche se me escapó una lágrima y no pude llorar.



El nuevo día ha llegado y me sorprende una presencia dentro de la alcoba. La luz está encendida. Dominique ha regresado. ¡Dominique ha regresado!

Él está observando a través del ventanal. Me gustaría entrar en su mente en este instante para saber qué está pensando realmente.

—¿Dónde estabas?, —le pregunto.

Dominique se gira lento y me fulmina con sus ojos claros que, a pesar de todo, me ha deslumbrado más de una vez. No me gusta la mirada que me da.

—¡¿Dónde mierda has estado?!, —pregunto con la voz contenida.

No me gusta la sonrisa de suficiencia que me exhibe.

—¿Qué?, —dice con calma—. ¿Acaso yo te pregunto cada vez que tú sales y desapareces por dos o tres días, a veces más? No me hagas reír, Bruno.

A mí se me seca la boca.

—¿Pero...?

—¡Deja de ser tan vanidoso! Yo también tengo derecho a salir, a divertirme, a estar con gente que me quiera de verdad.

No me gusta cómo suena lo que me está contando.

—¡¿De qué mierda estás hablando?!

Mientras hablo, me pongo de pie y me acerco a pocos centímetros de él. Dominique está raro. No me ha rechazado la vista. Es más, me ha desafiado.

—¿Qué? ¿Acaso estabas con otro?, —digo incrédulo.

—Bruno, a ver si nos entendemos, ¿vale? Tú no eres el centro del mundo. Tú has dejado de ser el centro de mi vida porque tú mismo lo has querido así.

Durante varios segundos nadie dice nada y nos desafiamos con la mirada, hasta que suspiro profundo. Necesito recuperar el control.

—¿Por qué ni siquiera me atendiste el móvil?

—¿Para qué?

Sonríe ampliamente y echa un vistazo alrededor.

—Lo único que te voy a decir... es que te vas a envenenar con tu propio veneno, Bruno.

A medida que habla, más dislocado me deja.

¿Qué mierda está pasando?, —trona en mi cabeza.

—¿Dónde estabas, Dominique?!, —pregunto.

Me mira y vuelve a sonreír.

—Estaba con gente que sinceramente me quiere. Con gente a la que ciertamente le importo y hacen todo lo posible para que esté bien.

—¿De qué estás hablando?

—Bruno, antes de preguntarme eso, deberías preguntarte qué fecha fue ayer. Ahora estoy cansado y quiero dormir.

De verdad te lo digo, Bruno, no me da la gana ni de intentar darte explicaciones. ¿Vale? Voy a darme una ducha y a dormir...

—¡Cómo que vas a darte una ducha y a dormir! ¡Son las ocho y media de la mañana, Dominique!

—¿Acaso no es lo que tú sueles hacer?

Si quería que dejase de hablar, dijo las palabras adecuadas porque no sé cómo rebatir eso lo que logra hundirme un poco más.

Dominique se quita la ropa dejándola en el suelo, como yo suelo hacerlo e ingresa en el baño. Su actitud no es más que mi propio reflejo.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Me siento en el borde de la cama, desconcertado. A los pocos segundos escucho el agua de la ducha que cae y a mí se me encoge el cuerpo.

¿Qué pasa?, —resuena en mi cabeza.

Yo nunca lo había visto así. Está raro, sin duda alguna, está muy raro. Éste conoció a otro y me está desafiando.

No sé lo que quiere lograr.

Necesito pensar. Entro al baño y él se está secando. Me lavo los dientes y la cara, y me ignora por completo. No me gusta lo que está pasando.

Enseguida sale con una toalla que le envuelve la cintura y yo quedo ahí, me siento tan fuera de lugar como un intruso atrapado por sorpresa.

A medida que pasa el tiempo se me hace más complicado el escenario que debo enfrentar y no sé en qué puede desencadenar.

De repente, el mundo se vuelve contra mí y no tengo armas para defenderme. Y siento que merezco todo lo que estoy pasando.

Dominique está ordenando la cama y, otra vez, no me hace caso cuando me detengo en el medio de la habitación. Enseguida apaga la luz y se acuesta.

Seguro que estaba en una orgía y lo han clavado como nunca antes en la vida, y su culo ha quedado más agujereado que un colador, —pienso.

Ni yo creo en mis pensamientos y la indiferencia con la que me trata no hace más que torturarme lenta y efectivamente.

¡Es un hijo de puta!, —sigo pensando mientras lo observo y miro el pantalón que dejé anoche en el suelo—. ¡Es un hijo de puta!



Arriesgarse es parte de la vida y no es una filosofía

barata. No, nada que ver.



Aún estoy sin vestir en el cuarto mientras Dominique ya encamina su sueño. Levanto mi ropa y sigiloso abandono la estancia.

En el salón me visto como si estuviese perdiendo la cordura. Todavía siento el fuego en la mirada de Dominique que me estruja.

Voy al bar de abajo del piso y está lleno de clientes parlanchines. Pido un café a un camarero joven y dientes torcidos que nunca había visto.

Hay un taburete libre en un rincón y me siento. Sin querer, hago un repaso de los clientes que se pelean por hablar y que sus voces sean las escuchadas.

La mayoría son españoles con pinta de ejecutivo. Hay varios que la apariencia física les importa poco y hay otros que les rinden culto al cuerpo.

Varias cosas se me pasan por la cabeza e imagino el mismo ambiente pero con humo de tabaco. ¡Menos mal que ya no se permite fumar en los espacios cerrados!

Busco en mi interior saber qué me molesta efectivamente y no me doy cuenta. Cómo esté el bar debería traerme sin cuidado.

Como continúes así... (te arrepentirás)

La gente parlanchina que alarga el café una hora no debería de afectarme. Lo que me molesta es no saber qué le pasa a Dominique.

Son las nueve de la mañana del martes tres de octubre y no sé si estoy inmerso en una pesadilla o qué... Nada parece real. Esta no es mi vida.

También me cuesta creer que un martes esté levantado a esta hora de la mañana mientras mi marido se acaba de acostar. Todo está cambiando.

Más lo pienso y más me molesta no saber qué hizo ayer y por qué me está desafiando constantemente. Presiento que esto es el inicio de lo que vendrá.

Y lo escucho con tanta bronca, como si yo fuese el responsable de sus males. Sé que he hecho cosas que no están bien, aunque no por eso debe crucificarme.

No obstante, no entendí cuando me dijo que ha estado con gente que ciertamente lo quiere. No sé si es una fantasía que se creó o qué.

Ah, ahora me doy cuenta que algo importante pasó ayer porque también me dijo que piense que fecha fue. No me doy cuenta de nada. Joder.

Lo único que sé es que estoy siendo un cornudo y me está pagando con la misma moneda lo que para mí es tan común hacer.

Acabo el café de un trago y salgo a la puerta mientras enciendo un cigarrillo. La brisa matutina me atrapa y yo no estoy suficientemente preparado para enfrentarla.

Solo pienso en la nicotina que entra en mi interior y quiere calmarme aunque mi cabeza hace años que no sabe lo que es la tranquilidad.

Quiero ordenar mis pensamientos cuanto antes, mi vida porque así no puedo seguir. Sé que si sigo así voy a enloquecer. ¿O ya estoy loco?



Y descubrí chicos muy apuestos que tienen baja autoestima y otros feos, pero que se quieren mucho, su autoestima era tan optimista que se parecían argentinos.



El día sigue avanzando y yo comienzo a hacer cosas como la mayoría de la gente. Me mezclo en la multitud que hay en las céntricas calles de Madrid.

Me sorprende a mí mismo cuando camino por Chueca y me doy cuenta de que el barrio está tranquilo a esta hora de la mañana.

Todo lo que a la noche veo fantástico, ahora, a la luz del sol, me parece que es un barrio como cualquier otro, solo que hay distintos colores del arcoíris.

Toco un timbre en calle Hortaleza y el Flaco sin contestarme abre la puerta. Antes de ingresar, volteo la vista y descubro que nadie me hace caso.

Entro con pasos pesados y empiezo a subir esas escaleras oscuras y empinadas que son como el presagio de lo que llegará a mi vida.

La luz no funciona, como tampoco mi intuición. Me sumerjo en el hueco oscuro y tenebroso que me desafía y se burla de mí.

Muchas cosas se me pasan por la mente en esos minutos y siento que, a medida que pasa el tiempo, más pierdo la cordura. Nada está bien.

Al fin llego a la quinta planta y las dos puertas del rellano están cerradas. En la que no hay timbre toco con los nudillos y contengo el aliento.

La puerta enseguida se abre. Entro y veo al Flaco vistiendo unos calzoncillos blancos donde el bulto es bastante prometedor.

La hora de la mañana que es y El Flaco está fumado. Sobre el sofá del salón duerme un hombre de unos cuarenta años casi desnudo.

El Flaco se da cuenta de que lo miro intrigado y me toca el paquete, aunque lo aparto. Sonríe ampliamente y me busca la mirada.

—¿Qué quieres?, —dice.

—Pastillas.

—¿En serio? ¿Cuántas?

—Diez.

—¿Diez?

Asiento.

—Vale. Espera un momento.

El hombre que duerme en el sofá se levanta y ahí descubro que está desnudo. Me hace seña para que me acueste en el sofá y no le hago caso.

El tipo desaparece por una puerta, supongo que va al baño y vuelvo a pensar en Dominique, quizás él estuvo en un sitio como este y el alma se me encoge.

Las pastillas me harán enfrentarme mejor a mi marido. Me tiene desquiciado y necesito de ayuda extra por todo lo que pueda venir.



En un mañana diré: lo hice. No salió tal cual esperaba,
aunque forjé todo para conseguirlo. ¿De qué sirvió? Es simple.

Me siento bien con mi conciencia.



Los minutos siguen pasando deprisa y aún me cuesta creer que estoy haciendo vida diurna en el barrio que ha visto tantos excesos míos.

Incluso ahora con la luz natural del día me da la impresión de que nadie exagera las cosas como suelo verlas por la noche. ¿Qué está pasando conmigo?

¿O será que estoy casi sobrio y esto me permite enfocar la realidad más fielmente? Hace horas que yo dejé de ser yo, como si alguien me hubiese cambiado la esencia. Palpo las pastillas que acabo de comprar y otra vez la imagen de mi marido me bloquea, y quedo mirando al frente. Cada vez me siento peor.

Ya son las doce del mediodía y no sabría decir cómo me siento. Han pasado tantas cosas en pocas horas que ninguna he podido digerir.

Entro a la tienda de ropa KAM G que está en la calle Hortaleza y la canción *Historias de amor*, de OBK me hace retroceder en el tiempo.

No me resisto a ese viaje porque, de pronto, me veo en otro sitio, otra época, en la etapa en la que creía que yo no llegaría vivo al año dos mil.

El dependiente se acerca y quiere llamar la atención, supongo que quiere saber si me puede ayudar en algo. No disimulo la molestia que me produce y lo miro.

Como continúes así... (te arrepentirás)

El chico no me conoce y no sé si percibe que ha interrumpido un momento especial. Creo que se da cuenta de algo porque huye de mi lado.

Lo vuelvo a mirar ya que se ha detenido a pocos metros de mí y me doy cuenta que es muy joven y bastante apuesto. Es la típica marica que trabaja por la zona.

Lo imagino a la madrugada caminando por las mismas calles de ese barrio del brazo de una mariliendre y riendo por lo bajo mientras comentan cosas que ven.

Me acerco y clavo los ojos en su rostro y, cuando se da por enterado que me estoy dirigiendo a él, me mira con una media sonrisa.

—¿Te puedo ayudar en algo?, —dice con la voz más profesional que le sale.

—Ahora no. Primero voy a escuchar la canción y luego veré si necesito algo.

El chico trata de disimular su desarreglo y poner la cara de profesional que tantas veces ha expuesto. O sea, aparenta no inmutarse y sigue doblando ropa.

¿Cuántas cosas he hecho donde esta canción ha sido testigo? Bueno, pensándolo objetivamente, esta canción abarcó los últimos años...

Los excesos de todo tipo de los que fui parte o protagonista me recuerdan esta canción, la desinhibición total la cual regresa asiduamente.

¿Cómo es posible que este grupo pueda describir tan bien un momento, mi vida, la secuencia, una escena propia si ni siquiera me conocen?

Sin querer he viajado en el tiempo, a varios fragmentos de mi existencia de lo que no sé si me siento orgulloso, pero sí que los he vivido.

Ya terminó, sin embargo, su melodía quedó impregnada en mi interior, como siempre me ocurre. Es pegadiza y agradable.

Echo una mirada por la tienda y me doy cuenta de que el dependiente sigue en el mismo sitio como una princesa asustada que espera que alguien la rescate.

Me acerco y me toco el paquete descaradamente como si me estuviesen picando los huevos. El chico resiste mi provocación y yo sonrío.

Si estuviese en otro sitio seguro que acabaríamos en una cama, o incluso de pie. Con sólo imaginarlo se me pone dura. A pesar de todo, mi mente no se detiene.

—¿Dónde están los calzoncillos?, —pregunto.

El joven deja de doblar ropa, me mira firme y emprende camino por un pasillo y yo lo sigo. Cuando se inmoviliza descubro una gran variedad de ropa interior.

¿Calzoncillos? ¿Para qué? Si no los necesito.

Igual, levanto un paquete de dos. Se los regalaré a Dominique para ver si se ablanda y me dice la verdad de lo que hizo el fin de semana.

Debo recuperar el control. No me conviene tenerlo enojado. Al fin y al cabo, él va a pagar esto y no me puedo permitir que me cierre ninguna tarjeta.



Tampoco veo tu actitud como cómoda o cobarde,

al fin y al cabo estás eligiendo no elegir.

Y no es un juego de palabras. Es, simplemente, tu elección.



Como continúes así... (te arrepentirás)

Me da la impresión de que todo lo que estoy viviendo ya lo he vivido otra vez. Se me hace extraño el escenario que tengo que enfrentar.

No me hace bien la luz natural del día y mi cuerpo se siente raro ante tantos cambios que ha habido en las últimas horas.

A medida que pasa el tiempo me siento más insignificante y con menos poder donde antes reinaba en cada lugar sin ninguna duda.

Finalmente, regreso al apartamento como un perro arrepentido y, es de no creer, pero Dominique es el que le da vida a la casa.

Hay otro aire. Parece que hace rato se levantó. Ya está todo recogido y de la cocina viene un rico aroma. No sé si sentirme feliz o culpable.

Soy afortunado con él aunque nunca demuestro lo que efectivamente significa. Ahora está recostado en el *chaise longue* del salón, absorto en sí mismo.

Quiero pasar desapercibido. Me da miedo interrumpir el hilo de sus pensamientos y actúo con sigilo. La verdad es que no sé qué pretendo con esta actitud.

Me siento con discreción en el sofá individual que está frente a él, me echa un ligero vistazo y regresa a su meditación.

—Esto es para ti, —digo, y le entrego los calzoncillos que compré.

Sonríe y me doy cuenta que se le ilumina el rostro.

—Y, ¿por qué me compraste esto?, —pregunta mientras los recoge y se sienta.

—Yo que sé. Los vi, me gustaron y te los compré. ¿Cuál es el problema?

No dije lo que quería oír y su frustración hace que el rostro vuelva a tener un semblante rígido y una actitud contrariada.

—¡Ah!, por eso me los regalas. ¿No es por otra cosa?

—No. ¿Qué otra cosa podría ser?

Ahora soy yo quien no le aparta la vista y él niega con la cabeza.

—¡Son sólo calzoncillos!, —digo indignado—. ¿Cuál es el problema?

—Pensé... Pensé... No, nada. Olvídalo.

Lo miro y ni se inmuta. Me pregunto qué está pensando y nada en limpio puedo sacar. Veo tanta rabia en su interior que ya no sé qué hacer.

Los minutos pasan deprisa y persistimos unos minutos en silencio. Desde que está enfadado conmigo el mutismo me molesta demasiado.

—¿Me vas a decir dónde estuviste?, —digo.

Cuando pregunto, veo como traga saliva. Si quería ponerlo en un aprieto, lo estoy logrando y yo necesito recuperar el control.

Sin embargo, de repente, su mirada me estruja como pocas veces, la siento tan desafiante que me obliga a apartarle la vista y me confunde.

—Estaba... Estaba con gente que ciertamente me quiere... me respeta... me valora... me acepta tal cual soy. ¿Por qué lo preguntas?

Quiero decir algo y no me salen las palabras.

—No como tú que ya no sabes ni el día en el que vives ni tienes ninguna consideración conmigo. ¿Me entiendes lo que te quiero decir, Bruno?

Como continúes así... (te arrepentirás)

Ha dicho muchas cosas y no estoy preparado para un juego de palabras, sólo quiero saber qué hizo desde que salió de esta puta casa.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Hasta cuándo vas a seguir así, Bruno? Dime, ¿hasta cuándo?

No me animo a responderle porque otra mentira sería contraproducente.

—Bruno, yo te quiero, ¡te amo, maldito! Sí, te amo maldito hijo de puta, porque si no, no aguantaría ni el uno por ciento de todo lo que tú me haces. ¿Lo sabes?

Pero te amo. Y no sé cómo insensibilizar a mi corazón con todo lo que haces continuamente. Yo no soy de piedra, cabrón. Nunca lo fui.

Sus palabras quedan rebotando en el aire como un arma de destrucción masiva y me doy cuenta de que su enfado viene de mucho tiempo atrás.

Algo he hecho, u olvidado, que fue la gota que rebose el vaso, por eso se está comportando de esta manera. Ya estoy seguro de que eso es lo que le pasa.

—Pero el amor es ciego, —de pronto sigue—. Y quiero que sepas que ya estoy abriendo los ojos. Por suerte, estoy abriendo los ojos, Bruno. Y ayer fui a casa...

Hace una pausa, más extensa de lo que hubiese previsto, para que asimile mejor sus palabras.

—Bruno, ayer estuve en mi casa de Saint Tropez...

—¡Cómo que estuviste es Saint Tropez!

Él hace una mueca burlona y asiente brevemente.

—Sí. Ayer estuve en mi casa de Saint Tropez. Allí es el único lugar del mundo donde verdaderamente me siento querido con gente de verdad.

Y... Y quería estar con mamá, papá, mis hermanos y unos amigos de la infancia porque quería, al menos, sentirme francamente querido el día de mi cumpleaños. La revelación real de su viaje a Francia no hace más que terminar de hundirme y bajar la vista cuán avergonzado me siento.

Mil cosas se me pasan por la mente y ninguna que justifique mi actitud ni todo lo que he pensado ni hecho. Sus palabras se clavan en mí ser como puñales asesinos.

¿Cómo pudo pasarme por alto, otra vez, su cumpleaños?,
—resuena en mi mente.

No lo puedo creer. Dominique no me aparta la vista de encima y yo, a medida que van pasando los segundos, voy decreciendo más. ¿Qué hago?

No tengo justificación y por más que busque en el interior no habrá nada que pueda perdonarme porque, de nuevo, he sido el único responsable.

Siento que mi mirada está desencajada y cuando vuelvo a mirar a Dominique, descubro que ya no está frente a mí, ni siquiera en el salón.

¿Cómo pude olvidarme de su cumpleaños otra vez?

De un momento para el otro, he dejado de tener el control de todas las cosas y no me gusta nada el nuevo panorama.

Tengo que corregir los errores cometidos y no tengo la menor idea cómo hacerlo. El victimario, una vez más, soy yo y no diviso nada bueno en las intermediaciones.

Voy a la cocina buscando algo, pues ni yo mismo sé lo que quiero. Regreso al salón y me sirvo medio vaso de *whisky* que me bebo de un trago.

Sabía que me estaba olvidando de algo, lo que nunca pude imaginar fue esto. Vaya panorama de mierda que he provocado por mi dejadez.

Si algo de lo que guardo en la memoria valiese la pena me podría consolar, pero no tengo eso y no veo salida en ninguna parte.

No lo pienso más y voy corriendo al dormitorio. Dominique está recostado en la cama, mirando hacia la pared. Ni se mueve cuando entro.

Me siento en el borde de la cama y lo empiezo a mirar. Él sigue en su mundo y en silencio permanecemos varios minutos. Algo quiero provocar.

—Dominique...

No me contesta. Dejo pasar unos segundos.

—Dominique.

Sigue sin contestarme.

—Dominique.

—No quiero hablar contigo. Déjame solo.

—Así no vamos a arreglar las cosas. Creo que deberíamos hablar.

Me busca la vista y veo que se está mordiendo agresivo el labio inferior. Y lo que veo en su interior no me gusta nada. Contengo el aliento.

—¡Bruno, dejémoslo así porque no quiero tomar una decisión precipitada! ¡Estoy dolido, muy cabreado contigo por todo lo que haces todos los días!

Yo no soy una fregona. Si tú piensas que por estar enamorado de ti, voy a seguir aguantándote así toda la vida, estás muy equivocado.

Todo tiene un límite y yo estoy al borde del mío, si es que ya no llegué. O sea, no hables si no quieres precipitar nada. ¿Me entiendes?

Perduramos unos segundos mirándonos a los ojos. Él me está retando y yo estoy desnudo sin nada de protección. No esperaba que me dijese algo así.

Su mirada está brillante, creo que con dos palabras adicionales se pondría a llorar y ahí se me complicarían más las cosas.

Desvío la vista a un lado, sin saber qué hacer. Suspiro y me paro. Me acerco al ventanal y empiezo a desviar la atención entre el exterior y el interior de la alcoba.

—Sólo quería decirte que lo siento. Que, de verdad, lo siento.

No me atrevo a agregar nada y desaparezco del dormitorio cuán rápido puedo. Cuando voy pasando la puerta, escucho.

—Cómo continúes así...

Me paralizó para oír cómo sigue la frase y el silencio me responde. No obstante, me atrevo a preguntar. De nuevo el sabor amargo penetra en mi boca.

—¿Qué?

Le busco la vista y sus ojos están a punto de echar fuego, y me estremece.

—Tú sabes...

—¿Qué?

—Tú sabes qué va a pasar si continúas así. Ya no eres un niño y nunca en mi vida me había sentido tan mal con alguien... como me pasa contigo y...

La voz se le quiebra y sujeta el llanto.

—Nunca pensé que me harías sufrir tanto, Bruno, —revela en un susurro.

No tengo fuerzas como para quedarme y huyo como medida de protección. Ahora camino hundido en el mismo infierno que yo he provocado.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Me paro a mitad de camino y dudo si volver al lado de Dominique u optar por huir para que todo se calme de forma natural.

Sé mejor que nadie que yo soy el culpable de sus males y regreso al salón el cual me recibe impasible. Es mejor no pensar en los resultados de mis actos.

Sobre el sofá están los calzoncillos que compré para mi marido y me recuerdan, una vez más, que la cuerda floja por la que camino está quedando sin hebras.



Destruído me recuesto en el *chaise longue* y me cubro el rostro con las manos. No encuentro ninguna manera de menguar el mal.

Ahora estoy adquiriendo real conciencia de que puedo perder a Dominique definitivamente y hacer que regrese a Francia al lado de su madre.

Descubro que nadie es imprescindible en la vida y, mucho menos, tratándose de una pareja. No gano nada hostigándome, aunque es lo único que se me ocurre.

Dominique ya me ha perdonado muchas cosas que le he hecho y ahora, por si fuera poco, he olvidado, de nuevo, su cumpleaños.

De pronto, recuerdo a Marina que me miraba con ojos enfadados y a la gente del bar que me observaba con reservas.

Menos mal que no sabe nada de que también voy a ser padre. Si se llega a enterar, desaparecerá de mi vida para siempre y no puedo permitir eso.

Necesito aclarar mi mente velozmente y, con la gran cantidad de cosas que hay en ella, se me hace difícil, siquiera, ver alguna salida.

No pienso más y regreso a la recámara. La puerta continúa estando abierta, tal como la he dejado hace unos minutos.

Quedo en la entrada escrutando el interior y enseguida descubro que Dominique está llorando. Su dolor me destroza, sobre todo porque yo causé el mismo.

No esperaba encontrármelo así y, sin embargo, una vez más titubeo y dudo si consolarlo como merece, o irme como suelo hacer.

Me acerco silencioso a la cama, me siento en el borde con cuidado y detengo mis ojos en lo que supongo que es su cabeza. Tengo un nudo en el pecho.

La oscuridad no me permite ver nítidamente, no obstante, igual lo atraigo hacia mí y, mayor es mi sorpresa, cuando no se resiste.

O sea, está peor de lo que hubiese creído y esto no hace más que torturarme. Lo veo tan frágil que parece que hubiese perdido la voluntad.

Está tan endeble como un niño aterrado en la oscuridad. Y sé que es tan sensible que, contra todo pronóstico, se me parte el corazón.

Sí, a pesar de todo, yo también tengo un corazón que me recuerda que tengo sentimientos y emociones. Hasta a mí se me hace raro esto.

—Me siento fatal, Bruno, —susurra.

—Lo sé.

—No sé... No sé por qué me haces tanto daño. No sé por qué juegas tanto conmigo.

—No pienses en nada ahora, Dominique.

—Ay, Bruno.

—Calma.

Como continúes así... (te arrepentirás)

—No... No entiendo cómo pude haberme enamorado así de ti, de esta manera, si no eres más que un cabrón hijo de puta.

No son las palabras que hubiese querido escuchar, sin embargo, son las que más se adecúan a mí. Otra vez me siento miserable.

Lo aferro a mi cuerpo tanto como puedo y no pone resistencia. Está enamorado y no me interesa cambiarlo por nadie.

A pesar de todo, no sólo me siento cómodo a su lado, sino que algo más hay. No sé qué, pero algo siento que me hace sensible.

Me cuesta mucho expresar mis sentimientos. No sé si algún día de mi vida llegué a enamorarme de alguien sinceramente.

No sé si algún día llegará de mi parte esa entrega total que se ve en el mundo del arte en general. Si lo hubiese hecho claro que ése sería Dominique.

Él cumple todos los requisitos que busco en una pareja. Pero yo estoy en otro mundo. Hay tantas cosas en mi vida que desconoce...

Tengo otras prioridades mientras que él no imagina ni podría imaginar jamás. Cuesta mucho ser yo y mantenerme así, un eterno treintañero.

—Bruno, te he echado tanto de menos. No sabes cómo esperé, al menos, un mensaje donde me felicidades por mi cumpleaños.

Dominique no deja de llorar.

—Pero no. No hiciste eso. Tú nunca haces lo que yo quiero, lo que deseo. Nunca lo haces. Nunca. ¿Por qué eres así, Bruno?

—Perdóname. En serio, perdóname. No sé qué me pasó. Lo siento. Nunca... Nunca creí que estuvieses en Saint Tropez.

Me acuesto a su lado sin haberme quitado la ropa y clavo la vista en la puerta, por donde ingresa la poca luz que hay mientras aguanto la respiración.

No caben más palabras a partir de este momento. Sin embargo, luego de unos minutos, llega un mensaje a mi teléfono móvil.

De inmediato se aparta de mi lado y enciende la luz. Y siento su mirada acusadora que me juzga y no me deja respirar.

Yo lo ignoro, aunque no tengo un buen presentimiento con el mensaje que acaba de llegar. No me aguanto más y suspiro profundo.

—Ya te están requiriendo, —suelta.

Yo mantengo la neutralidad.

—¿No vas a leer?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Vaaale. Entonces, deja que lo lea yo.

Al decirlo, estira la mano. Sigo impassible hasta que, con manos temblorosas, empiezo a leer.

—¿Quién es?, —quiere saber.

—No sé, —digo en voz baja.

—Bruno, enséñamelo que yo te digo quién es.

—Dominique, por favor.

—¿Qué?

Joder, —me digo—. ¿Cuándo voy a despertar de esta pesadilla?

No me busques. No preguntes por mí. En este instante estoy en el aeropuerto y me estoy yendo a un destino fuera de España.

Este número, a partir de este momento, ya no lo usaré más. Tú no eres como los otros hombres... eres muchísimo peor...

No puedo creer que ni siquiera te acordaras de mi cara y eso es la primera vez en la vida que me pasa. ¡Eres lo peor, maldito Bruno!

Ya tenía decidido irme, sólo que, luego de hablar contigo, aceleré las cosas. No te quisiera ver ni siquiera por equivocación.

Intenta ser feliz, pero sé que nunca lo serás. Este hijo es mío y nada más que mío. Mi hijo y yo sí seremos felices, tanto como tú nunca lo serás.

Lo siento, pero esto, más que un deseo hacia ti, es una certeza que se clavó en mi alma y lo supe, una vez más, cuando te vi.

Marina.

Quedo dislocado al haber concluido la lectura, totalmente absorto en mí mismo y no me doy cuenta de cómo me está estrujando mi marido con sus ojos.

Desde que llegó el mensaje pasé a estar paralelo a la realidad y creo que todo gira alrededor sin sentido, sin ninguna lógica.

Dominique pasa a estar ausente para mí y el mareo que me invade no me deja razonar. Todo pasa muy deprisa, tan veloz que pierdo el equilibrio.

Me dejo caer rendido en la cama y empiezo a respirar hondo, para saber si puedo restablecer el control, al menos, en mi cuerpo.

—Bruno... Bruno... Bruno... —escucho lejano.

Es Dominique. Al fin lo miro aunque todavía tardo varios segundos en regresar efectivamente a su lado, y sus ojos son unas bolas de ansias.

—Bruno... Bruno... Bruno... —insiste.

—¿Qué?, —logro articular.

No sé si me escuchó, por eso reitero.

—¿Qué?

—¡Eso me gustaría saber a mí! Desde que has leído ese mensaje no estás aquí. ¿Quién era? ¿Qué es lo que pasa?

—Nada.

—¡Bruno, no empecemos de nuevo, por favor!

—No pasa nada, Dominique.

Poco a poco voy recuperando el control hasta que logro ponerme de pie.

—¿Qué haces? ¿Qué necesitas?

—Dominique... Debo hacer algo ahora. Me voy.

—¡¿Cómo que debes hacer algo?! ¡¿Dónde coño vas, Bruno?!

—Nada importante. Sólo debo hacer algo...

—¡Bruno, por favor, no soy tonto ni gilipollas! ¡¿Dónde vas?!

Como continúes así... (te arrepentirás)

—Nada importante.

—¡Enséñame el mensaje! ¡Enséñame el mensaje!

—Nos vemos luego.

—Cómo continúes así...

No dejo que siga hablando y salgo disparado. Lo último que veo es la imagen de Dominique de pie, en calzoncillos, en medio de la habitación.



Tampoco es filosofía barata el que no arriesga, no gana.

Nunca sabemos si vamos a ganar o no, las probabilidades son, más o menos, semejantes.



Cuando al fin estoy en la calle me doy cuenta que varios transeúntes se dan la vuelta para mirarme. Debo de tener un aspecto endemoniado.

Detengo un taxi y miro al taxista por saber si es alguien conocido. Es joven y apuesto. Si hubiese sido otro día lo seduzco. De eso estoy seguro.

—¿Qué hay?, —es su forma de saludar.

—Necesito ir al aeropuerto cuanto antes.

—Vale.

—Date prisa, por favor.

Lo miro y veo que asiente, y sus ojos se me hacen conocidos. He estado con tanta gente que es difícil que no encuentre en cada persona algo conocido.

Me mira por el espejo retrovisor y vuelvo a mirar mi teléfono móvil. No tengo la menor idea de lo que quiero lograr y el viaje se me hace eterno.

Además, tengo que prepararme una buena excusa para cuando regrese a casa otra vez, pues las cosas con Dominique penden de un hilo.

Ahora no es la hora de pensar eso. Tengo que encontrar a Marina a como dé lugar. Cabe la posibilidad de que vaya a ser padre y ella no me quitará ese derecho.

No puedo creer que sea rehén de tantas paradojas porque soy yo quien quiero (quería) que aborte. No me apetece dejar heredero en este mundo.

Una mezcla de sentimientos muy grandes y antagónicos me domina y no sé, exactamente, qué es lo que quiere predominar.

La única verdad es que yo no quiero ser padre. El hecho de que una persona lleve mi sangre sería peor que me enterrasen vivo.

Son tantas cosas que pienso en este viaje al aeropuerto que me da la impresión que la cabeza me va a estallar y el sudor empieza a hacer acto de presencia.

El taxista me mira con curiosidad por el espejo y veo que se acomoda el paquete. No sé si la tiene dura aunque siento que está excitado.

Quiero quitarme la duda y me arreglo el paquete descaradamente para ver qué es lo que hace o si me dice algo. No obstante, no le miro.

Casi tenemos un accidente porque pone toda su atención en mí y yo, supuestamente, sigo inmerso en mí mismo. A pesar de todo, sé que la vida es un juego.

Cuando considero que la ropa vuelve a estar en su sitio, miro nuevamente a ese hombre que ahora me sonrío cachondo y duda si quiere hablar.

—¿Pasa algo?, —digo.

—No. ¿Y a ti?

Como continúes así... (te arrepentirás)

—No.

—Ah. Pensé que te quitarías los pantalones...

—No. ¿Por qué?

—Porque me gustaría...

No se anima a seguir hablando y yo pongo toda la atención en él.

—¿Qué?, —pregunto.

—Nada. Perdona. Pensé que eras otra persona...

—¿Perdón?

—No es nada. Olvídalo.

—¿Eres gay?

Hace una mueca y mira hacia la carretera.

—¿Qué pasa?, —insisto.

—Que me gustaría volver a mamarte el nabo como lo hice la otra noche... Estoy seguro de que eres tú el del pantalón blanco que cogí en la calle Pelayo...

Su confesión no hace más que impactarme. Otra vez me doy cuenta de que algo ha pasado en mi vida que no me permite recordar las cosas que hago.

La turbación que me provoca hace que enmudezca y, cuando miro hacia afuera me doy cuenta de que estamos llegando.

El silencio que ahora hay en el vehículo me incomoda y yo no sé si decir algo más porque tengo todas las de perder. Me siento atrapado.

—¿Cuál es tu nombre?, —pregunto.

—La otra noche te dije que me llamo Juan, aunque mi nombre verdadero es Sebastián.

—Lo siento. No te recuerdo...

—Joder.

—No sé qué me está pasando pero vengo olvidando todo lo que me pasa...

—Quizás es porque ibas muy colocado...

No me gusta cómo suena la nueva confesión y tampoco sé defenderme. Suspiro profundo mientras el coche se inmoviliza.

—¿Cuánto es?, —pregunto.

—Nada. Estoy en deuda contigo y, lo que menos podría hacer es traerte...

—¿Qué?, —digo incrédulo.

—Espero volver a verte otra vez. Ya sabes dónde estoy y tienes una buena herramienta... Sabes a lo que me refiero, ¿no?



Salgo del taxi y la brisa fuerte que me azota no logra bajarme a la realidad. Miro al taxista a través del vidrio y está sonriéndome.

El coche empieza a alejarse y yo me largo a correr hasta que me meto en ese monstruo de cemento que me desafía y se burla de mí, y se llama Barajas.

Miro a todo el mundo, a todas las caras, y en nadie reconozco a Marina. Y esto, más que un aeropuerto, se parece a una mini ciudad.

¡Qué cantidad de gente que hay! Carteles por todos lados, indicaciones para aquí, para allá, a la derecha y a la izquierda.

Los pitufos, al igual que el personal del aeropuerto miran todo lo que se mueven, y, por lo que veo, estoy llamando la atención de cada par de ojos.

No está Marina. A pesar de todo soy consciente de que estoy buscando una aguja en un pajar y yo no me quiero dar por vencido fácilmente.

Opto por hacer algo sencillo, es decir, la llamo al número del que me envió el mensaje y me da que está apagado o fuera del área de cobertura.

Fue un impulso el que me trajo hasta aquí y ahora tengo que solucionar esto con mi pareja porque segundo a segundo lo pierdo un poco más.

Me siento en un banco que hay en un pasillo intentando ordenar mis pensamientos, tratando de repasar lo que pasó en las últimas horas y siento que es inútil.

Todo está perdido y lo único que tengo claro es que no quiero perder a Dominique. No entiendo cómo pude meterme en este enredo.

De todas maneras, quedo con la duda de lo que me dijo Marina. ¿Cómo es posible que me haya acostado con ella y ni siquiera recuerde su cara?

De ser así lo he hecho en esas noches de descontrol total que me visitan tan seguido y solamente me he dejado llevar por el placer de la carne.

Sin embargo, recuerdo que ella me dijo que nos hemos acostado varias veces y que las drogas no siempre eran parte de nuestros encuentros.

Tengo que solucionar mi vida que, hasta hace poco más de treinta y seis horas, estaba organizada, y yo la manejaba bien.

No sé cuánto tiempo permanezco en este asiento porque me da la impresión de que el tiempo se disparó sin que me diese cuenta.

Miro alrededor y sigue habiendo tanta gente como al principio. La policía y los seguratas del aeropuerto ahora no me hacen caso.

Me pongo de pie y emprendo la retirada mirando a cada caminante que pasa por mi visual y Marina sigue sin aparecer.

Son varios los anónimos que me corresponden la vista no sé por qué, aunque como nadie es la joven que estoy buscando, los ignoro.

Ahora descubro que unos chicos me miran con segundas intenciones. En otro contexto habría actuado de otra manera pero hoy dejo que todo pase.

El cuerpo me pesa tanto que no tengo buen equilibrio y la lucidez y el control que suelo tener me han abandonado sin avisar.



Tras varios intentos de llamar tu atención y poder conseguir, al menos para mí lo más importante: decirte lo siento, perdóname, sé que ya he agotado el último cartucho.



Volveré a casa en transporte público porque me apetece quedarme un rato en el andén pensando sobre el presente que estoy viviendo.

También debo preparar una buena excusa para enfrentar a mi marido. Sé que no le valdrá que le diga cualquier cosa, es decir, tengo que ser cuidadoso.

A Dominique ya no le puedo seguir mintiendo, sin embargo, por primera vez en la vida, la verdad es peor que la mentira.

En el andén hay mucha gente con maletas que esperan el metro. Y como yo no llevo ningún equipaje, llamo la atención por eso.

Cuando entro en el último vagón de la línea ocho enseguida descubro que los asientos son ocupados rápidamente.

Yo quedo de pie y, aunque aparento estar tranquilo, mi cabeza es una gran tormenta eléctrica que no me da ninguna tregua.

El viaje se me pasa en un suspiro y me doy cuenta de que he llegado cuando el tren se está vaciando. Miro y veo que ya estoy en Nuevos Ministerios.

Me siento en un banco del andén y sigo buscando alguna respuesta a todo lo que me está pasando y que no tiene lógica ni explicación.

Aunque me estrujo la mente y el corazón, trato de ver todas las perspectivas de nuestras vidas, no hallo ninguna excusa ni nada que se le parezca.

Creo que nunca en la vida me he sentido de esta manera y a medida que pasan los segundos me siento un poco peor. Es de no creer.

Que sea lo que Dios quiera. No puedo cambiar el destino. Lo que tiene que pasar, pasará y se acabó. Ya me doy por vencido.

No puedo seguir yendo contra la corriente como lo he hecho durante toda la vida, —me digo en voz alta. La gente que está cerca me mira como si hubiese enloquecido y, cuando me ven solo, se alejan. Yo sonrío y continúo con mis cosas.

¡No iré contra la corriente!, —vuelvo a decir.

Esta vez los desconocidos que están cerca me ignoran.

Dominique... Dominique... —sigo diciendo.

Estar en pareja tiene sus pros aunque, lo que yo veo ahora, son todas contras. No me gusta dar cuentas a nadie sobre qué pasos doy o dejo de dar.

Sé que él, cuando me pregunta algo, no lo hace con mala intención, pero siempre da la casualidad que me he encamado con alguien o estoy por hacerlo.

Miro el teléfono móvil y releo el último mensaje que me envió Marina. No cabe ninguna duda de que es un mensaje comprometedor.

Empiezo a borrar todos los mensajes que pueden causarme algún disgusto y descubro una infinidad de ellos. ¡Joder! ¿Qué está pasando?

Me pongo de pie y comienzo a recorrer los pasillos con intención de cambiar de línea, ya que la diez es la que me deja cerca de casa.

Entro en el convoy el cual está atestado de gente y pienso que debería de haber un límite sobre la cantidad de personas que debería llevar.

Cuando al fin llego a Tribunal me hago espacio a empujones en ese grupo que obstaculiza la salida y no permite que haya fluidez en el metro.

Mientras salgo al aire libre resuelvo que no es buen momento para ir a casa, sino que iré al bar que hay debajo así tengo más tiempo para preparar la excusa.



Creo que no soy feliz, a pesar de que me entrego sin reservas. Lo amo y él es mi felicidad.



Entro al bar Escorpión y veo que hay un camarero joven y apuesto que nunca lo había visto antes que limpia una botella de ron.

En cuanto me ve le pido una cerveza. Sin apartarme la mirada me la sirve junto a unas aceitunas. Bebo voraz un trago y me siento en un taburete.

Es raro, no hay casi gente y la música de Kylie Minogue con la canción *Sleeping with the enemy* me llama la atención por lo cerca que vivo la historia.

Yo soy el enemigo. De repente, siento que alguien me toca la pierna. Miro y quedo paralizado al ver a Dominique a veinte centímetros de mí.

—¿Qué es lo que te pasa, Bruno?, —y exhibe los dientes en un intento de sonrisa—. ¿Me lo vas a decir... o te vas a inventar otra de tus mentiras?

Me trincó totalmente desprevenido, sólo se me ocurre beber otro trago de cerveza y mirar hacia las botellas de bebidas blancas que están enfrente.

—Bruno... Por más que ahora me mientas, sé que tarde o temprano me voy a enterar de la verdad y... Y ya sabes cómo están las cosas entre nosotros, ¿no?

La calma con la que me habla es un claro indicio de que no tengo escapatoria. No digo nada y dejo que pase el tiempo por si despierto de esta pesadilla.

—¿No vas a decir nada?, —pregunta.

Desde que llegué me sentí encoger más del cincuenta por ciento. Como puedo suspiro de la forma más discreta que encuentro y le busco la mirada.

Lo que veo en ella no me gusta y la piel se me eriza de forma descontrolada. Kylie tararea el coro varias veces: *sleeping with the enemy...*

—No tengo nada que decirte, —al fin musito.

—¡Ah!, ¿no? Y, ¿dónde fuiste tan deprisa hace un rato y ahora te apareces aquí, como un poseso?

Niego con la cabeza.

—Dominique, es mejor que respetemos un poco nuestros espacios porque... Porque si no, ninguno de los dos va a tener vida propia...

Al escucharme suspira y echa una mirada alrededor. Sé que no le ha gustado lo que acabo de decir y la saliva que traga retumba en mis oídos.

—Pues sí.

Sonríe tranquilo aunque veo pena y rabia en su rostro.

—Tienes razón, Bruno. Pero que conste que eres tú el que lo ha querido así, no yo. Queda claro lo que acabas de proponer, ¿no?

Cada vez me gusta menos el rumbo que están tomando las cosas. Una vez más me he puesto la soga al cuello y no hay forma de salir de ésta.

Dominique me toca la pierna como si fuese con cariño y se marcha sin mirar a nadie. Otra vez me doy cuenta de que dije las palabras incorrectas.

Tengo que hacer algo y no tengo la menor idea qué. Acabo la cerveza y voy al baño. Me lavo la cara con agua fría y me quedo mirando en el espejo.

En las últimas horas he envejecido, al menos, cinco años. No sé si estoy sugestionado, aunque me siento más viejo. Esto no tiene buena pinta.

Debo contactar con Estrella cuanto antes. Ya he recurrido a ella muchas veces y me da cosas acudir de nuevo por el mismo motivo.

No sé qué está pasando conmigo que, de repente, descubro que estoy escrupuloso. Algo raro está sucediendo y me estoy desconociendo.

Regreso al taburete y pido más cerveza. No es buen momento para regresar al piso y mucho menos con lo que le dije a mi marido.



Como continúes así... (te arrepentirás)

Ahora hay un francés en mi vida por el que empiezo a sentir algo.

¿Qué? No sé.

Creo que me da miedo responder la pregunta de forma sincera.



Finalmente, no tengo más opción y debo volver a casa y, una vez más, sé que las cosas no están bien entre mi pareja y yo.

El silencio que hay es molesto y todo el espacio me indica que Dominique no está. Tampoco tengo derecho de preguntar dónde ha ido.

Cada vez me siento más perdido y eso sí que me asusta. Me recuesto en el *chaise longue* a esperar a que pase el tiempo y se materialice algún milagro.

El desbarajuste del que soy presa no tiene antecedentes y el montón de cosas que se me pasan por la cabeza no me dejan ni respirar.

Entre tantas cosas que me atormentan, vuelve Marina y su confesión de que está esperando un hijo mío. Es una locura todo lo que me está ocurriendo.

Quizás, —me digo en voz baja—, pensándolo bien, no es tan mala idea la de ser padre.

Sin embargo, la realidad me dice que ahora Marina no está ni siquiera en el país y no tengo la menor idea dónde ha ido.

Y, lo más importante de todo: ¿dónde carajo está mi marido? No sé si llamarlo. Como están las cosas puede ser contraproducente.

Igual lo llamo y el maldito teléfono me dice que está apagado o fuera de cobertura. ¡Maldición! Todo va de mal en peor.

Yo nunca tengo cobertura cuando voy a las saunas o a lugares que están en los sótanos. ¿Será que fue a una sauna? No. No creo. ¿O sí?

El desconcierto me está venciendo y siento que si no tengo alguna válvula de escape, en cualquier instante, voy a reventar.

De pronto, me veo marcando el número de Estrella que es uno de los pocos que sé de memoria. La he llamado tantas veces que ya me lo aprendí.

—Hola, —me dice con su típica voz chillona.

—Hola Estrella. Soy Bruno.

—¡Ah! ¿Eres tú?

No me gusta cómo suena su tono.

—Sí. Soy yo. ¿Por qué?

—Porque necesito verte...

—¿Por qué?

—Está relacionado con lo tuyo...

Por un instante se me pasan varias cosas por la cabeza y no me doy cuenta de que me evado.

—¿Qué ha pasado?, —pregunto.

—Emmm... No es fácil hablar esto por teléfono.

—Iré ahora mismo a tu casa.

—No. No estoy en Madrid.

—¡Mierda!

Miro con furia hacia los lados.

—Bruno... ¿Pasa algo?

—No sé. La verdad es que no sé.

—Dime la verdad. Necesito saberla.

—Bueno... Han pasado algunas cosas...

—¿Algunas cosas? ¿Qué tipo de cosas?

Como continúes así... (te arrepentirás)

—No sé. Siento que nada es como antes. Siento que algo ha cambiado y, de repente, veo que todo me sale mal.

Quedo atento al teléfono por si dice o comenta algo, y del otro de la línea no se escucha nada.

—Estrella, ¿qué pasa?

—Bueno, eso es lo que me gustaría saber...

—Se supone que eres tú la que tiene todas las respuestas.

—Este tipo de respuestas sólo son reveladas al afectado. Yo sólo recibo vibraciones y señales...

—Dime la verdad, por favor.

—Bruno...

—Hace un par de horas que yo dejé de ser yo y me siento al borde de mis límites.

—Lo sé, Bruno. Lamentablemente lo sé. Mañana regreso a Madrid y hablaremos en persona. Ahora debo colgar. Cuídate mucho y, por favor, no fuerces las cosas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Interpétalo tal como te lo digo. No fuerces nada de nada. Deja que todo fluya. Y ahora cuídate y no te metas en problemas.

—¿Pero...?

En ese instante me doy cuenta de que ha cortado la comunicación y yo quedo peor de lo que estaba antes de llamarla. ¡Jooodeer!

No me atrevo a soltar el teléfono porque temo que hasta esto actúe contra mí. Me muerdo los carrillos y empiezo a respirar hondo.

Luego me sirvo un vaso de *whisky* y voy con él al dormitorio. De todas maneras, llevo la botella conmigo porque sé que la voy a necesitar.

Me recuesto en la cama luego de haber dejado la botella sobre la mesita de noche y bebo un buen trago. Cada vez me siento peor.

Una lágrima se me escapa. No sabría decir qué significa; podría atribuirla a tantas cosas que no me animo a darle ninguna causa.

Otro impulso me lleva a llamar a Marina y, esta vez, la operadora dice que el número no existe. A esa altura ya no entiendo nada de todo lo que está sucediendo.

Bebo otro trago de *whisky* y otro hasta acabarlo. Es lo único que me interesa. Ahora las lágrimas son las protagonistas de esta puta y asquerosa jornada.



Sólo me queda esperar y dejar que sucedan las cosas...

*Si no tuviera respuesta, comprenderé el porqué de aquella
decisión y entonces adquiriré fuerzas para seguir
el camino de la vida.*



De repente, cierro los ojos con fuerza para alejar los malos pensamientos y las oscuras premoniciones me acechan.

Sin querer, me duermo. Los sueños que tengo son raros. No recuerdo exactamente qué sueño, aunque me dejan una sensación de vacío en el cuerpo y en el corazón.

El producto de ese sueño es una alegría frívola que me atormenta, un miedo palpable que me sonrío y un vacío desconocido que se burla de mí.

Un ruido lejano es el que me despierta y quedo aturdido unos segundos mientras asimilo la realidad que debo enfrentar.

Miro a mi izquierda y encuentro a Dominique sentado en el borde de la cama, con el torso desnudo y toda la atención puesta en su teléfono móvil.

Tiene un perfume nuevo. No es ninguno de los que usa habitualmente, aunque no me atrevo a preguntar nada ni a interrumpirlo.

Sin embargo, no puedo dejar de pensar que pudo haber estado con alguien hasta hace pocos minutos y un sabor amargo me domina.

¡Y ahora está tan atento en su *facebook* o *Instagram* que yo paso a odiarlo! La curiosidad y los nervios me están carcomiendo más de lo que puedo soportar.

—Hola, —digo.

Me ignora.

—Hola, —vuelvo a decir.

Los segundos se convierten en minutos hasta que me mira y sigue en lo suyo. Ahora se le ha dibujado una sonrisa en el rostro mientras lee algo.

—¿Qué es eso tan divertido?

Me echa un vistazo y sigue sin hablarme. A los pocos minutos se pone de pie y se retira de la habitación sin dejar de estar atento al teléfono.

Mi frustración va creciendo como el rechazo que siento por las nuevas redes sociales que solo aíslan a la gente y crean una falsa apariencia de popularidad.

Después de varios minutos voy al baño y me miro al espejo. Mi presencia me sorprende y el impacto que me produce hace que lentamente me vuelva a observar.

No me gustan las ojeras que enmarcan mis ojos ni la mirada tan apagada. Tampoco me agrada la piel flácida que ahora aparece con ligeras manchas.

¿Qué está pasando?, —me pregunto—. ¿Estoy envejeciendo sin que me dé cuenta? ¿Hay algún cambio en el universo que me afecta sólo a mí?

Si esta es la imagen que estoy proyectando al mundo bien podría entender el rechazo que está teniendo mi marido conmigo.

¿Tanto he cambiado en pocas horas?, —me digo en voz baja.

Me toco las caderas y me da la impresión que la carne está más floja, al igual que en mi abdomen... No me gusta lo que veo.

No me agrada en lo que me estoy convirtiendo. No lo deseo... Estrella debe tener las respuestas... Cuando me atrevo a lavarme la cara siento que el agua me molesta.

¿Cómo es posible esto si siempre me he lavado con agua fría?, —me vuelvo a preguntar.

No puedo ni quiero darle más vueltas a esto, alguna explicación debe de haber. Respiro profundo varias veces y emprendo camino hacia el salón.

Dominique se ha recostado en el *chaise longue* sin desatender el asqueroso aparato que, cada vez, le tengo más manías.

De todas maneras, me siento frente a él en uno de los sofás individuales. Lo miro durante unos minutos y me sigue ignorando.

—Dominique, —digo.

Me es indiferente.

—Dominique, —insisto.

Luego de unos segundos, me mira.

—¿Qué?

Como continúes así... (te arrepentirás)

—Dominique, ¿qué te parece si tenemos un hijo? Hasta a mí me sorprende la pregunta. Es mi voz la que suena aunque no es lo que yo quería decir. Ni yo sé por qué lo pregunto.

Cuando asimila la propuesta, me mira con cuidado, dislocado, pues se esperaba escuchar cualquier cosa, excepto eso.

Sus ojos son interrogadores, en esa mirada intensa que me deslumbra y desde hace un par de horas no sé interpretar.

—¿Qué?, —dice cuando se da cuenta del alcance de la cuestión.

—¿Qué te parece la idea? Si tenemos un hijo...

—¿O sea... escuché bien? ¿No es una broma?

Sacude la cabeza, indignado y clava sus ojos sobre mí como si me quisiese matar con su poder.

—¿Tú estás drogado, Bruno?, —expone con calma—. ¿Sabes realmente lo que estás preguntando?

Nos quedamos mirando a los ojos hasta que empiezo a asentir. Ni yo sé por qué insisto con este tema, aunque no es lo que quería decir.

—Tú y yo no estamos preparados para tener nada juntos, Bruno, mucho menos un hijo, que es una responsabilidad para toda la vida.

—¿Por qué?

—Tú y yo no.

—¿Por qué?, —vuelvo a preguntar.

—¿Qué es lo que pasa contigo? ¿Acaso es otra de tus burlas, Bruno? ¿Qué me has dicho desde siempre acerca de los niños?

Contengo el aliento.

—Tú y yo no estamos aptos para tener un hijo. ¿Qué quieres? ¿Quieres que nos escuche pelear todo el día, todos los días, porque tú no eres quien dices ser?

Tú no eres ni la sombra de lo que aparentas ser, Bruno y un hijo... Sólo sentiría vergüenza de tener un padre como tú.

Su sinceridad, a pesar de todo, me duele y disimulo el golpe bajo que me acaba de dar. Al fin y al cabo, me lo he buscado yo.

—No digas eso, Dominique. No seas tan cruel, por favor.

—¿Qué?, —y sonrío—. ¿Ahora el cruel contigo resulta que soy yo?

Sacude la cabeza como si quisiera ratificar sus palabras.

—¡Joder, tío! No sé qué es lo que pretendes, pero siempre logras sorprenderme con lo que dices. Me pregunto con qué vas a salir la semana que viene, o dentro de un rato.

Bruno, ¡no soy tonto ni gilipollas! Si por quinta vez sucesiva has olvidado mi cumpleaños, no quiero ni imaginarme de las cosas que podrías olvidar de un niño.

¿Me estás vacilando? ¿O simplemente estás aburrido y ya no sabes cómo más cabrearme? ¿Dime qué te pasa, por favor, así ya estoy más preparado?

—No sé por qué dices eso. Yo... Yo sólo te pregunté qué te parecía la idea de...

—¡Déjalo ya, Bruno, por favor! ¡Déjalo que mi paciencia se está acabando y ya no quiero escuchar más tonterías!

Ahora soy yo el que busca el suelo como válvula de escape. No me atrevo a mirarlo a los ojos y prefiero que, mientras no decimos nada, mirar hacia abajo.

Dominique se ha sumergido nuevamente en la pantalla de ese puto artefacto del que ahora no se separa ni siquiera cuando va al baño.

Ahora soy yo el que se pregunta qué es lo que esconde, qué es lo que tiene en esas famosas redes sociales que lo mantiene tan enganchado.

—¿Dónde estabas?, —pregunto luego de varios minutos de absoluta calma.

La cuestión queda flotando en el aire, casi con vida propia, tan desafiante que, sobre todo, se burla de mí. Es otro error de mi parte.

Se le dibuja una sonrisa en ese rostro que tanto me gusta y vuelve a mirar la pantalla. Mi propio veneno me está acabando y Dominique me inyecta pequeñas dosis.

—¿Me prestas tu móvil?

La mirada de mi marido se posa sobre mí, burlona y divertida, y yo no sé cómo defenderme de la provocación que me propone.

—No.

Se muerde levemente el labio inferior y me mira.

—¿Tú me vas a prestar el tuyo?

No esperaba que me respondiese así, pero, en este instante, mi mente viaja a la velocidad de la luz por todo lo que puede implicar que vea mi teléfono.

No puedo dejarle mi aparato telefónico por nada del mundo, si es que quiero que continúe siendo mi pareja. ¡Mierda! No puede ser.

Ahí tengo números de personas que ni siquiera imagina, sin contar los mensajes que he guardado por una cosa u otra. Es el momento de despertar de la pesadilla.

Una vez más tengo todas las de perder y yo solo me he puesto en este aprieto. Al haber quedado sumido en mis

pensamientos, Dominique no me aparta la vista, y no me había dado cuenta de que me estaba observando.

—Lo siento, —susurro.

La mueca de desprecio que dibuja dice más que mil palabras.

—Lo siento, —reitero—. Me distraje un instante.

—Si quieres ver mi móvil, puedes hacerlo, ahora incluso, pero yo también quiero ver el tuyo. ¿Vale?

Al decirlo, extiende su teléfono hacia mí. Dominique me está poniendo a prueba y yo no estoy superando la misma. ¡Joder!

—¿Qué es lo que quieres descubrir?

—¿Qué es lo que quieres esconder? Esto no es un juego, Bruno. Y la partida está acabando...

—¿Qué?

—No te hagas el sordo conmigo porque sé perfectamente que me has escuchado bien.

Resopla con fuerza.

—Bruno, ya estoy cansado de la situación que estamos viviendo. Esto no se puede llamar vida, lo que tenemos tú y yo.

Además, tú no haces nada para superar esto. Por favor, dime la verdad, ¿hubo algún momento en lo que se podría llamar relación donde tú me has sido fiel?

Ya no quiero mentiras. Ya no soporto más mentiras. Ya se acabaron las excusas y toda palabra que falte a la verdad.

Sus ojos expulsan tanto fuego que me quema y yo estoy ahí, a la deriva, sin ningún escudo, tan desnudo como cuando nací.

—Dominique...

Como continúes así... (te arrepentirás)

—Si no es algo realmente importante, aprende la virtud de callar antes de llenar los silencios con calumnias... ¿Me entiendes?

Se estruja los dedos como si se los quisiese arrancar.

—Bruno, lo nuestro no está bien desde hace mucho tiempo. Pero muuuuuucho tiempo y eso lo sabes muy bien, ¿no?

Pero quiero que sepas que todo se acaba. Hasta el amor se acaba y de las cenizas, en vez de renacer el fuego, lo que sucede es que el viento las extingue...

Y me temo que eso es lo que nos está ocurriendo a nosotros... o está a punto de sucedernos. Yo no puedo más, Bruno. Te prometo que ya no puedo más.

Asiente sin esquivarme la mirada.

—Yo...

—Bruno... Dime.

—Lo siento.

No aguanto más, me paro y emprendo la marcha cargando la pesada carga de la culpa. Sé que no me aparta la vista.

Sin embargo, huir a tiempo puede considerarse un triunfo, dadas las circunstancias. El aire exterior me recuerda que aún estoy vivo.



El corazón, gran misterio, a veces quiere y a veces no,

a veces odia y a veces ama.



Son las siete de la tarde y la oscuridad ya se ha instalado en Madrid, unos oscuros nubarrones anuncian peor tiempo del que ya hay.

Ha bajado mucho la temperatura en las últimas horas y la molesta llovizna obliga a los transeúntes a caminar muy deprisa. No me gusta el frío.

Me detengo unos segundos en la acera ya que necesito cerciorarme de que todavía estoy vivo y que no es una fábula lo que estoy sintiendo.

Cuando descubro mi pelo humedecido y las mejillas heladas, miro hacia las ventanas de casa y no hay ninguna luz encendida.

Llego al metro de Noviciado y me introduzco en ese túnel que atraviesa la ciudad de Madrid y que ha sido testigo de tantas cosas.

En el andén, de un minuto para el otro, me doy cuenta de que se ha abarrotado de viajantes con prisas y con pinta de salir del trabajo.

No sé si quiero pensar o dejar la cabeza en blanco. Estoy tan saturado por lo que estoy enfrentando que ya no sé cómo canalizar nada.

Escucho la voz de Dominique; recuerdo la preocupación de Estrella. Me castiga el reclamo de Marina. Y la confesión del taxista me deja dislocado.

Sin proponérmelo me he aislado en mi mundo y no me doy cuenta de lo que pasa a mi lado hasta que alguien me toca el hombro.

Cuando levanto la vista me encuentro con una chica de grandes ojos oscuros y pelo muy largo que me mira fijamente.

Es joven y me llama la atención el tatuaje que tiene en su cuello: mi rostro. Quedo mirando ese detalle y no tiene mejor idea que obligarme a mirarla a los ojos.

—Hola, —dice, y sonrío—. ¿Qué haces?

La miro confuso en el instante en el que sujeto el resuello y viene el tren. Ella me agarra de la mano y me acompaña a un asiento del andén.

De un segundo para el otro sólo quedamos ella y yo. Nuevas preguntas llegan a mi interior y ninguna respuesta. ¿Qué está pasando?

—¿No me vas a decir nada?

La miro de nuevo y hago una mueca que intenta pedir disculpas.

—No sé quién eres...

—Siempre has tenido un humor particular, Bruno. Pero eso también me gusta de ti, ¡me encanta! No esperaba encontrarte aquí.

Dime, ¿ya has dejado a ese francés y te vas a ir a vivir conmigo? ¿O ya estás preparado para pedirme matrimonio?

—¿Qué...?

—¿Qué pasa, Bruno?

—No sé, —murmuro.

A medida que avanzan los minutos y me encuentro con distintas situaciones, estoy más trastornado, pues no tengo la menor idea de nada.

No sé si me está fallando la cabeza o qué, quizás todo lo que hago, en realidad, es en un estado de drogadicción total, porque no recuerdo nada.

No es normal que tenga tantas lagunas mentales sin una causa justificada. No puede ser que los vacíos mentales tengan un papel tan importante en mi ser.

No es la primera vez que vivo algo así y, a menos que tenga un doble que viva lo que yo no vivo, no encuentro explicación por ningún lado.

De esta piba se me hace familiar su nariz, la mirada serena, el aroma de su pelo, aunque no tengo la menor idea de quién es.

Sin embargo, ella sabe quién soy yo, sabe que convivo con Dominique y sus ojos confusos se preguntan muchas cosas.

—¿Qué pasa, Bruno?

Me cuestan unos cuantos segundos asimilar la pregunta.

—No sé. De verdad, no sé.

—No te entiendo. ¿Cómo que no sabes?

—Bueno... Emmm... No sé qué me está pasando...

—Siempre has sido un poco despistado. No me extraña... Pero hoy estás mucho más que de costumbre... ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Quiero decir algo y las palabras no me salen. ¡Se esconden las hijas de puta y la opresión que tengo en el estómago no tiene precedentes!

—No me siento bien... No está siendo un buen día...

—¿Por qué?

—Bueno, han pasado muchas cosas que no tenían por qué pasar y...

Me mira a los ojos y, cuando se asegura que el contacto visual es mutuo, traga saliva.

—Bruno, ¿por qué no dejas todo lo que tienes en España y nos vamos juntos a tu país? Es mi sueño conocer tu país, tu gente, tu vida, tus cosas.

¡Me muero de ganas de ir a las termas! ¡A esas famosas termas del Daymán! ¿Ves? Me estuve asesorando acerca de tu ciudad natal, ¿no?

Como continúes así... (te arrepentirás)

Ahora mantengo contacto con algunos salteños y he leído varios foros acerca de tu ciudad y de cómo es esa gente del norte de tu país.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—¡Cómo va a ser una broma, Bruno!

Sin querer me abstraigo de la realidad y mi mente va a varios sitios y no se centra dónde debe hacerlo: el presente.

Miro hacia los lados y veo que el andén se ha llenado de nuevo y el indicador dice que el próximo tren llegará en dos minutos.

Mi desorden interno adquiere dimensiones colosales que no sé qué hacer para poner los pies, de nuevo, sobre la tierra.

Siento la mirada de esa desconocida sobre mi rostro a cada instante y yo no sé lo que está pasando. Es como un *Deja Vu*. Cada cosa tiene peor pinta que la anterior.

—Bruno, de verdad te lo pregunto: ¿qué te pasa?

La miro con una actitud aparentemente impertérrita.

—¿No te alegras de verme? Aún no te dije la noticia más importante de todas.

Sus últimas palabras quedan rebotando en mi mente como un resorte. Resulta que lo más importante todavía no ha sucedido.

¡Aún no me lo ha dicho! Y yo no sé ni siquiera quién carajo es. Mis pensamientos corren a la velocidad de la luz, repercuten en mi interior y se mezclan con otros.

Todo es caótico y, por más que busco, no hallo la salida. Tiene que haber una escapatoria, de hecho, siempre está la salida de emergencia.

—¡Brunito ya tiene siete años!, —suelta.

Su confesión es como una bofetada que me deja más aturdido todavía. En cámara lenta la miro para saber si está bromeando.

Siento que me pesa la cabeza y el suelo me tambalea como nunca antes. Que no sea lo que me estoy imaginado, por favor.

—Sí, y tiene tus mismos ojos, —agrega luego de varios segundos—. ¡Es un verdadero amor! Es como tú, pero en versión pequeña.

Le puse tu nombre por ti, por supuesto. No sabes cómo se hace querer por todo el mundo. Es tan guapo que... que enamora a todo el mundo.

Una lágrima se me cae en el momento en el que se da nuestro contacto visual. El nudo que tengo en el pecho no me deja respirar.

Yo quiero gritar con todas mis fuerzas y no puedo; hay algo que me impide. Necesito hablar y ni siquiera puedo exteriorizar una palabra...

Me siento tan amarrado a esta nefasta realidad que es como una camisa de fuerza que me doblega y me obliga a reflexionar.

—¡Pero dime algo, Bruno, por favor! Desde que estamos aquí no has abierto la boca. Dime que ahora vamos a vivir los tres juntos a tu país. Brunito, tú y yo.

Mamá me alquiló un piso en La Elipa y ella es la que me ayuda con Brunito. Al fin y al cabo es su nieto y lo malenseña en todo lo que puede...

Es excesivo. Si sigo así voy a enloquecer. No estoy bien y si no muero por un ataque al corazón, moriré porque no he podido asimilar lo que yo mismo he creado.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Con lentitud me paro: me tiemblan las piernas y el resto del cuerpo. La desconocida cuando ve que estoy así, se acerca y me sujeta.

Cuando veo que no mantendré el equilibrio regreso al asiento mientras varios pares de ojos nos miran con curiosidad.

—No me siento bien, —susurro—. Necesito aire.

—Vamos afuera.

—¡No!, —grito—. ¡No!

Ella me mira temerosa y yo no sé qué hacer. Luego de unos segundos, empiezo a respirar profundo hasta que la miro.

—Vamos a otro lugar, al centro, pero no afuera.

—Vale.

Vuelve a mirarme.

—Me vas a decir, ¿qué te pasa?

—Si lo supiera, te lo diría.

La mirada que me da es suficiente para dejarme claro que no me entiende. Quiero huir cuanto antes de la estación de Noviciado.

Lo último que quiero de este día es que Dominique me vea con esta chica que me acaba de confesar que ya soy padre. El sabor fétido de mi boca gana protagonismo.

El cartel indicador sigue diciendo que el próximo tren llegará en un minuto y, a los pocos segundos, lo veo asomar por el túnel.

Nos metemos en un vagón y ella no me suelta la mano. Voy como un autómatas, no tengo dominio de mí mismo, voluntad ni coraje.

Todo lo que tengo en mi vida, la cual creía organizada y controlada, se me está desmoronando como un castillo de naipes. ¡A la mierda!

En el tren no pronunciamos palabra. De todas maneras, ella va atenta a mí y a todo lo que sucede a nuestro alrededor.

La gente sube y baja del vehículo sin prestar atención más que a sí mismos. Eso es lo que menos me importa. Yo estoy dejando de ser yo.



*Siempre hay una respuesta, aunque no siempre una salida
ante la incertidumbre que nos suele atacar.*



Bajamos en Sol y la noche ya está instalada en la capital de España. Somos como una pareja que está enfadada intentando hacer las paces.

En la calle Alcalá nos paramos en medio de un montón de turistas que caminan lento ignorando la llovizna y yo miro esos rostros que no me producen nada.

—¿Dónde quieres ir?

Por toda respuesta me encojo de hombros.

—Bruno, no sé qué te está pasando y me preocupa verte así. Sí quiero que sepas que todavía me gustas, te quiero y haré todo lo posible para ayudarte...

La mirada que le doy hace que deje de hablar.

—Llueve, —digo.

—No importa.

—Lo sé.

Siento que me arde el rostro y las lágrimas ahora se mezclan con la llovizna.

—¿Por qué?, —pregunto.

—¿Por qué, qué?

—Porque este día tiene que existir.

—¿Qué dices?

Como continúes así... (te arrepentirás)

—Si pudiera hacer que desaparezca este día, no te haces idea de cómo cambiarían las cosas...

—Eso es imposible, Bruno.

—Joder.

—Deberías tranquilizarte.

—Uf, eso es imposible.

—¿Por qué?



Todo lo desconocido atemoriza, aunque, si no arriesgamos,

si no vivimos, ¿para qué estamos en este mundo?



Empezamos a caminar y caminar mientras vamos esquivando una importante cantidad de gente, hasta que llegamos a la plaza Chueca.

Aun no sé el nombre de esta desconocida que en ningún instante me ha soltado de la mano. Estoy a su merced y yo me dejo llevar como un papel al viento.

Entramos en el bar Jaimito, el que está en la calle Augusto Figueroa y tiene decoración de estilo ecléctico, donde la madera y los vidrios son los protagonistas.

Los taburetes altos de estilo rústicos y las mesas espejadas le dan un toque particular y, sin querer, advierto mi rostro reflejado y cierro los ojos.

Cada vez me veo peor y me siento desvanecer. Una ola de cosas ha llegado y no tengo el control de ninguna. Esta no es mi vida. Necesito saber qué está pasando.

Los ojos de esta anónima me miran tanto que me intimidan y yo no sé qué intenciones posee luego de haberme confesado que tiene un hijo mío.

Llega el camarero, un chico joven y apuesto que me sonrío y su rostro se me hace familiar de algún sitio, pero no tengo la menor idea de dónde.

La desconocida está atenta a cada movimiento de mis ojos, por lo que el contacto visual con el camarero es el imprescindible.

—Vodka con limón y *whisky* con dos hielos, —la escucho decir.

—Vale, —le dice el trabajador.

Mientras lo pide, me mira para ver si digo algo. No puedo creerlo, pero me conoce más de lo que había pensado. Preciso recuperar mi vida.

—¿Te sientes mejor?

—No sé. Creo que no.

Regresa el mesero y siento su mirada sobre mí como si me quisiese decir algo. Yo no me doy por enterado y deja las copas.

Agarro mi bebida e ingiero un largo trago. Lo necesito tanto como el aire que respiro. Luego la miro y me corresponde.

—Disculpa, —arranco diciendo.

—Sí, dime.

—Bueno, em... He tenido un accidente y hay cosas de mi memoria que han desaparecido casi por completo y...

—Joder, ¿qué pasó?

Trago saliva.

—No sé.

Quedo unos segundos pensativo.

—Me gustaría saber quién eres en realidad y qué papel ocupé yo exactamente en tu vida... ¿O lo ocupo en la actualidad?

Como continúes así... (te arrepentirás)

—¡Ahhhh, Bruno! Mi Bruno. ¿Qué te pasó mi amor? Yo no me enteré de que habías tenido un accidente. Pero dime, ¿estás bien? ¿Qué te pasó?

—Bueno, fue... Fue hace un tiempo y... Y hay cosas que desaparecieron de mi memoria. ¿Puedes recordarme cómo nos conocimos... y todas esas cosas?

—¡Ufff! Es un poco largo...

—Ammm.

—Todo sea por si se te refresca la memoria. Bueno, la primera vez que nos vimos, fue en la plaza del Carmen. Sí, ahí.

Recuerdo que apareciste sonriente y me pediste una calada de mi hierba. Yo, como estaba colocada, te la di. De eso ya hace tiempo.

Eso ha sido enseguida que llegué a España por última vez, —pienso.

El pequeño problema es que yo le pido porros a todo el mundo. No me importa si es mujer, hombre, travesti o lo que sea.

Basta que me dé cuenta que están fumando fasos y socializo de inmediato con tal de obtener unas caladas. Es una de mis debilidades.

—Eso fue un viernes. Al día siguiente nos encontramos en el bar Éxodo de la calle Hortaleza. Sí, el Éxodo, donde nos atendió una dominicana que te confundió por argentino y te estaba tirando los tejos.

—Ah.

—¿La recuerdas?

Espera mi reacción y no digo nada.

—A partir de ese momento, empecé a decir que tú y yo éramos novios y lo defendía con uñas y dientes. Era muy divertido.

Tú, en esa época, según tú mismo, estabas conociendo al francés, aunque ya se conocían bastante bien, ¿no? ¡Me lo vas a decir a mí!

Pero recuerdo que me habías dicho que tú eras heterosexual y que, de vez en cuando, tenías algún desliz con algún hombre.

A mí, en realidad, no me importa eso. Tú me gustas así como eres y te quise desde la primera vez que nos vimos. Oh, Dios, cómo pasa el tiempo. Por varios segundos queda pensativa.

—Luego estuvimos juntos en el estudio de Preciados en el que yo vivía con una amiga y... Y bueno... Tú me has gustado desde siempre...

Me mira tan fijamente a los ojos que me da la impresión que me quiere absorber.

—Como sabía y veía que tú, en cualquier momento, te irías de mi lado para siempre, quise quedarme embarazada. Así fue engendrado Brunito.

¡Brunito es lo mejor que he hecho en toda mi vida y es de lo único de lo que, sinceramente, no me arrepiento! Él es la razón de mi vida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Recién tiene siete añitos y, bueno... No sé qué más te puedo decir. Ha pasado el tiempo y aún no puedo creer que mi hijo ya tenga siete años...

Yo me quedo pensando, absorto en mí mismo, pues no doy crédito de las palabras que acabo de oír ni sé qué decir de ahora en más.

Como continúes así... (te arrepentirás)

Termino de un trago mi copa y arrimo la de esa desconocida a mi lado. Juro por Dios que no sé qué hacer y necesito tranquilizarme cuanto antes.

Si antes Dominique tenía motivos para cortar conmigo, ahora no quiero ni imaginar lo que podría pasar en caso de que sepa la verdad.

Me acabo de enterar, no sólo de que voy a tener un hijo, sino de que ya tengo uno de siete años de edad. Una de mis pesadillas se está materializando.

¿Cómo pude haber sido tan irresponsable como para permitir que pasara esto?, —pienso—. Un hijo. Un niño de siete años de edad resulta que es mi hijo.

¿Qué otra cosa me puede pasar? Estoy perdido. Sí, estoy totalmente perdido y no tengo ninguna manera de escapar. Sin embargo, presiento que es el inicio de algo indeseado...

Pienso en el instante en el que perdí el control de mi vida y no me doy cuenta de cuándo fue. Sí veo que las horas ya se están transformando en días.

Si todo sigue por este camino no sé en qué va a terminar esto. Mi vida pende de un hilo porque no sé cuánto más podré resistir.

Los problemas insospechados están llegando y yo no soy tan fuerte como para enfrentar tantas cosas a la vez. No estoy preparado.

Resulta que yo no tengo la menor idea de quién es esta piba que está sentada frente a mí, aunque es la madre de mi hijo. Parece una broma macabra mi presente.

En este instante me doy cuenta de que me he sumido en mi mundo de forma impresionante y la mirada confusa de esa chica así me lo recuerda.

—Lo siento, —musita.

Hace una mueca.

—Creo... Creo que he ido muy lejos contándote esto, ¿no? Lo siento. Yo... No es tu culpa de que haya decidido quedarme embarazada...

No es tu culpa. Pero... Pero, sabes, ¿no? ¡Las mujeres somos así! Caprichosas e impulsivas. Y a veces hacemos cosas locas sin pensar...

Cuando ve que empiezo a asentir, agrega:

—Me entiendes lo que te quiero decir, ¿no?

Bajo la vista y acerco su copa a mis labios. Quiero hacer algo, sin embargo, no sé qué es lo más correcto en este momento. Dejo que huya el tiempo.

—¿Alguna vez le has hablado de mí?

Hasta a mí logra sorprenderme la interrogante y creo que es lo mejor que puedo preguntar. Sonríe y echa una mirada alrededor.

Luego empieza a asentir mansamente. Ingiero el primer trago de su bebida y no la aparto de los labios. Ella se muerde los carrillos.

—Sí.

Vuelve a hacer una mueca y me doy cuenta de que está recordando cosas del pequeño.

—¡Claro que le he hablado de ti, Bruno! No hace mucho que estamos en Madrid por eso nunca me decidía a buscarte...

Ahora, supongo, que las cosas van a ser diferentes, ¿no? Al vivir en la misma ciudad las cosas siempre se hacen más fáciles...

Como continúes así... (te arrepentirás)

Al decir esto, me observa mientras se asegura que yo he entendido bien las intenciones de sus palabras. Me siento atrapado.

—¿Por qué...?, —pregunto en voz baja.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tardaste tanto tiempo en decírmelo? ¿Por qué no me dijiste cuándo estabas embarazada? ¿O cuándo nació? ¿Por qué?

Sacude la cabeza y se mira en el espejo de la mesa.

—No sé... Cosas de la vida.

Empieza a comerse las uñas y echa un vistazo por el bar.

—¿Qué habrías hecho si hubieses sabido la verdad desde el principio?

Queda atenta a mi reacción pero no me inmuto.

—A ti te gustan más los hombres que las mujeres, —agrega—. De hecho... Perdona, ¿qué pasó al final con el gallego y con el francés?

Ingiero un trago de su bebida.

—No importa... Supongo que eso ahora es lo que menos importa.

—Tú sabrás.

—Me siento... Me siento... ¿Cómo decirlo? ¡Es que no sé cómo me siento!

—Bruno, deberías de tomarte las cosas con más calma...

La miro tratando de encontrar una explicación y ella mira a un lado. Cuando siente mis ojos, me corresponde y quedamos mirándonos varios segundos.

—¡Me acabas de decir que tengo un hijo...!, —digo con la voz contenida.

—Sí, ¿y qué?

—¡Que soy padre de un niño de siete años de edad! ¡Siete años de edad, maldita sea! ¿Cómo quieres que me lo tome?

—Yo no te estoy reclamando nada para Brunito. ¡Nada! Él tiene todo lo que un niño de su edad puede necesitar. ¿Lo entiendes?

Además, nunca necesitó de ti. O sea, no deberías preocuparte. Fui yo la que quiso tener un hijo tuyo a tus espaldas y se acabó.

Niego con la cabeza y la miro incrédulo.

—En tu egoísmo tan enceguedido no viste lo que efectivamente podrías causar, ¿no? ¿Cómo pudiste jugar con algo tan serio como con mi paternidad?

—¡Yo no jugué con tu paternidad! No soy la primera ni voy a ser la última mujer en el mundo que decide tener un hijo así, a espaldas de su padre.

¿Qué? ¿Acaso habría cambiado algo el hecho de que supieses la verdad desde el inicio? ¡No me vengas con tonterías ahora, Bruno!

Me busca la vista y no la correspondo.

—Bruno, no deberías agobiarte por... Dime la verdad, ¿qué habrías hecho si hubieses sabido la verdad desde el inicio?

¡Bruno, ni tú mismo puedes con tu propia vida! ¿Cómo es posible que vayas a poder con la vida de un hijo? Lo siento, pero esa es la verdad.

Vacíó la copa en un trago y quedo con la misma entre los dedos apretándola firme.

—Bruno, te das cuenta de lo que está sucediendo, ¿no?

Quedo un instante asimilando sus palabras hasta que decido echar una mirada a la redonda. Me pongo de pie y voy al baño.

En el aseo hay un hombre orinando que no le hago caso. Me lavo el rostro varias veces con agua fría y luego me quedo mirando en el espejo.

Tengo los ojos enrojecidos y la respiración agitada. Cada vez me pasan más cosas por la cabeza y le encuentro menos coherencia a mi vida.

Trato de encontrar entre mis recuerdos la imagen de esta piba que dice ser la madre de mi hijo. Sé que mi vida está tomando un rumbo ignorado e imprevisto.

¿Cómo es posible que se me hayan borrado todos esos recuerdos sin una causa justificada? No cabe lógica de ningún tipo.

Es mi culpa. Muchas veces me drogo tanto que pierdo el sentido de la realidad. Y, por lo que veo, esto sucede más seguido de lo que habría pensado.

Cada vez son mayores los fragmentos de mi vida que no recuerdo nada. Hay muchos espacios vacíos que me castigan constantemente.

A Dominique no le hace ni pizca de gracia que quede en este estado paralelo al real sin que nada ni nadie me importe. Y aún lo sigo haciendo...

Y resulta que, por estar de esa manera, me he encamado con una piba y, fruto de ese encuentro, ha aparecido un niño. Vaya percal que tengo.

Brunito... Brunito...

Mamá siempre me preguntaba cuándo sentaré cabeza. Ella no sabía, o fingía no saberlo, que a mí me gustan, sobre todo, los hombres.

Si se hubiese enterado de que ya soy padre de un niño de siete años me sometería a un duro interrogatorio que no me gustaría enfrentar.

Unos pasos firmes y seguros me hacen volver a la realidad. Es otro hombre que entra en uno de los baños individuales.

Respiro hondo e inicio el regreso a la mesa. La anónima aún sigue ahí. Cuando me siento, le busco la vista tratando de saber más de lo que pasa realmente.

—¿Qué?, —dice.

—Eso es lo que debería de preguntar yo.

Hago una mueca.

—Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

Luego de disimular su fastidio por la pregunta, me fulmina con sus hermosos ojos soñadores.

—Romina.

—¡No me acuerdo nada de lo que pasó! No es posible de que yo sea el padre de tu hijo. Tú me quieres cargar con un muerto no sé por qué...

—¿A ti te parece que yo te puedo cargar con un muerto cuando ya pasé la etapa más difícil de mi vida sin tu ayuda? ¡Bruno, abre los ojos, por favor! Sólo eso pido.

¡Abre los ojos! Brunito ya es un niño de siete años de edad. Ya se defiende solo. Sabe caminar, hablar, le gusta jugar al balón en el salón de casa y en el parque...

Ahora está aprendiendo a leer y le gusta ir al cole. ¿Qué te crees? Yo solamente quería que lo supieses. Nada más que eso. No te pienso reclamar nada.

Es más, a pesar de que tú me sigues gustando, una vez más, compruebo que no serías una buena influencia para Brunito.

Como continúes así... (te arrepentirás)

El niño necesita modelos claros de personas y tú, por ese lado, no tienes cómo defenderte. O sea, deja de decir tonterías.

—Un hijo... —musito—. Mi hijo... ¿Por qué? Romina solo me echa un vistazo y se abstrae de la realidad. Yo trato de imaginarme cómo es ese niño que lleva mi sangre.

De pronto, imagino una mirada inquisitiva y esto me deja más aturdido de lo que estoy. Dejo pasar el tiempo antes de decir algo más.

—Lo siento.

Romina, cuando me escucha, me mira.

—Ya me han pasado muchas cosas por este día. Si sigo aquí voy a explotar. Debo irme.

Al decirlo, me pongo de pie.

—Vas a tener noticias mías, —dice—. Sé que sigues teniendo el mismo número de móvil, ¿no?

La miro con el ceño fruncido y ni caso me hace. Me acerco a la barra, pago las consumiciones de los dos y no espero el cambio.

Mientras salgo del bar, enciendo un cigarrillo y siento que me tiemblan las piernas como si fuesen de gelatina. No es para menos.

Mi cabeza da más vueltas que una noria al inicio del verano. El aturdimiento y la confusión que tengo no me dejan ni siquiera razonar.



En las situaciones límites lo mejor es no preocuparse, porque, generalmente, nada de lo que está a nuestro alcance se puede hacer.



No tengo la menor idea de la hora que es. No me importa esta puta llovizna ni lo que pueda pensar la gente de mí. No sé si he perdido la cordura o qué. Sólo quiero salir de esta puta pesadilla cuanto antes que no entiendo cómo me metí. La vida está empezando a cobrar su precio y no me agrada lo que presiento. Me siento en el bordillo de la acera de la calle Pelayo ante los ojos incrédulos de los transeúntes que me miran como si fuese un loco. Todo me da igual. Quiero saber si se obra un milagro o veo la escapatoria ante tanta incertidumbre que me está amarrando más rápido de lo que quisiera, me quita la respiración. Si antes mi relación con Dominique estaba revuelta, ahora no habría adjetivos suficientes como para describir lo que sucede sinceramente. Un hijo. No sólo voy a ser padre con Marina que ahora no tengo idea dónde está, sino que Romina ya tiene mi estirpe desde hace siete años. Siete años no es el atraso de un mes ni un embarazo, sino que es una vida independiente, autónoma y que, por si fuera poco, fue creada con mi esperma. Enciendo otro cigarrillo, pero necesito algo fuerte. Algo mucho más fuerte. No puedo regresar al piso así y he de tener extremo cuidado lo que le digo a Dominique.



*La pesadilla, poco a poco, se materializa,
aunque no la acepto fácilmente. Es más, no la acepto.*



Como continúes así... (te arrepentirás)

Entro a la sauna Cielos de la calle Fuencarral sin mirar a nadie a la cara. Lo que menos quiero es encontrar a alguien conocido.

Sólo quiero esnifar un poco de cocaína que me queda del sábado. Pensaba que no lo haría hasta el viernes, aunque ahora prefiero coca en vez de pastillas.

Me sacó la ropa, voy a un cubículo y cierro la puerta. Mire a donde mire todo me da vueltas y no le encuentro sentido a nada.

Cuando siento que el polvo milagroso ingresa en mi cuerpo, me siento mejor. ¡Mierda, qué agradable sensación! Debería sentirme así todo el día.

Espero unos minutos a que su efecto sea pleno y salgo de esa cabina. Justo cuando estoy abriendo la puerta, un hombre se estanca frente a mí.

¡La tiene durísima el hijo de puta y se está masturbando por encima de la toalla! No me gusta nada, o sea, sigo recorriendo la sauna.

Me doy una ducha y decido ir a la piscina que tiene hidromasaje. Tengo que decidir cómo continuar con mi vida porque ya no puedo cometer más errores.

Todo me dice que la relación que mantengo con el francés ha acabado, pues eso es lo que menos me gusta.

Sin embargo, todavía yo sigo respirando.

Además, si no es él, sé que será otro hombre con quien acabaré y, antes de que sea otro, prefiero que sea el galo con quien no tengo ni siquiera que trabajar.

Sé que no voy a convivir con ninguna mujer como pareja, ni siquiera con la que dice ser la madre de ese hijo que acaba de aparecer.

Me aterra confesarle a Dominique la verdad. Sin embargo, tampoco puedo seguir mintiendo, al fin y al cabo, todo es contraproducente.

Estoy entre la espada y la pared. Si le digo, después de tantas cosas que he hecho, será como cortar con él y poner un muro entre los dos.

Si no digo nada y dejo las cosas así, me expongo a que todo salga a la luz de un día para el otro, y eso es lo que me gustaría evitar; no sé qué sería peor.

Cómo continúes así... —resuena en mi cabeza.

Me da miedo interpretar sus palabras y ellas no hacen más que castigarme. El mareo que me atrapa me indica que esta es la apertura de lo que vendrá.

La imagen de Dominique se me aparece en la sonrisa de un chico que se para frente a mí y esto me hace pensar en qué estará haciendo ahora.

No sé si quiero volver al piso. Cabe la posibilidad de que mi marido no esté en casa y, si no está, todo se me volverá más caótico aún.

Sin pensar en nada más voy deprisa a la ducha y quedo un rato bajo el agua y de un montón de ojos que no me pierden de vista.

Necesito drogas más fuertes y efectivas ahora mismo. Creo que la línea de coca que he consumido hace un momento no es suficiente.

Tantas emociones inesperadas y surrealistas me pasarán factura de algún modo y yo no me creo capaz de resistir por tanto tiempo.

¿Qué hora es? He perdido la noción del tiempo y hace un par de días que yo dejé de ser yo. No entiendo por qué todo cambió.

Como continúes así... (te arrepentirás)

El agua sigue cayendo por mi cuerpo sin vestir y, a pesar de todo, sé que estoy atrayendo a una gran cantidad de miradas cargadas de deseos.

Ya sé que he vivido al límite en más de una ocasión y esto es lo que menos me importa. Yo quiero disfrutar de cada segundo como siempre lo he hecho.

Abro los ojos y encuentro a un hombre a mi lado que está hipnotizado en mi bajo vientre, miro a los lados y varios chicos se acercan sigilosos.

El tipo que está a mi lado ahora me busca la mirada y yo no tengo ganas de echar un polvo con nadie esta noche. Me estoy desconociendo a mí mismo.

Es decir, le sonrío y niego con la cabeza en un acto de disculpa. Él hace una mueca mientras echo vistazo a mi bajo vientre.

Como continúes así, —me dice Dominique en un susurro acusador y en varios ojos parece que le veo.



¡Atención! Si pretendes vencer en la lucha estás equivocado.

En la vida no se vence, sólo se llega y se vive con ella.

Si la vences: ¿qué ganas?

Lo importante no es vencer, sino permanecer.



Cuando entro a casa un exquisito aroma a comida me obliga a detenerme para disfrutar unos segundos del mismo. Es como volver a nacer.

Emociones contradictorias me reciben y el peso de la culpa y mi falta de seriedad hacen que todo en mi vida sea una mentira.

Estoy de pie en el *hall* con los ojos cerrados tratando de embadurnarme del maravilloso olor que llega de la cocina y me doy cuenta que nada de esto es mío.

Cuando avanzo unos pasos más me topo con mi marido con el torso desnudo recostado en el *chaise longue*. Es hermoso verlo ahí.

Él sabe que me encanta verlo así y su indiferencia no hace más que lo mire insistentemente como una fruta prohibida. ¡Es asquerosamente guapo!

Además, me doy cuenta de que me gusta observarlo y que eso me hace sentir bien. Él mira hacia algún punto del techo y da la impresión que contiene una sonrisa.

Yo no soy el responsable de su felicidad. Me acerco con cuidado y él me sigue ignorando. A los minutos me dirijo a la cocina.

—Dominique, —digo.

Me ignora.

—Dominique, —insisto.

Me sigue ignorando.

—¡Dominique!, —grito.

Me mira.

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo.

—Que sea otro momento. Este fue un día muy bueno para mí y no quiero que me lo arruines con tus tonterías.

—¡Por favor, Dominique, es importante!

Me mira mientras frunce el ceño.

—Todo lo que se refiere a ti, es importante, Bruno. O sea, no digas nada.

Durante varios segundos no me animo a hablar.

—Siempre haces lo mismo, —rompe el silencio.

